

EL CORREO DE ULTRAMAR

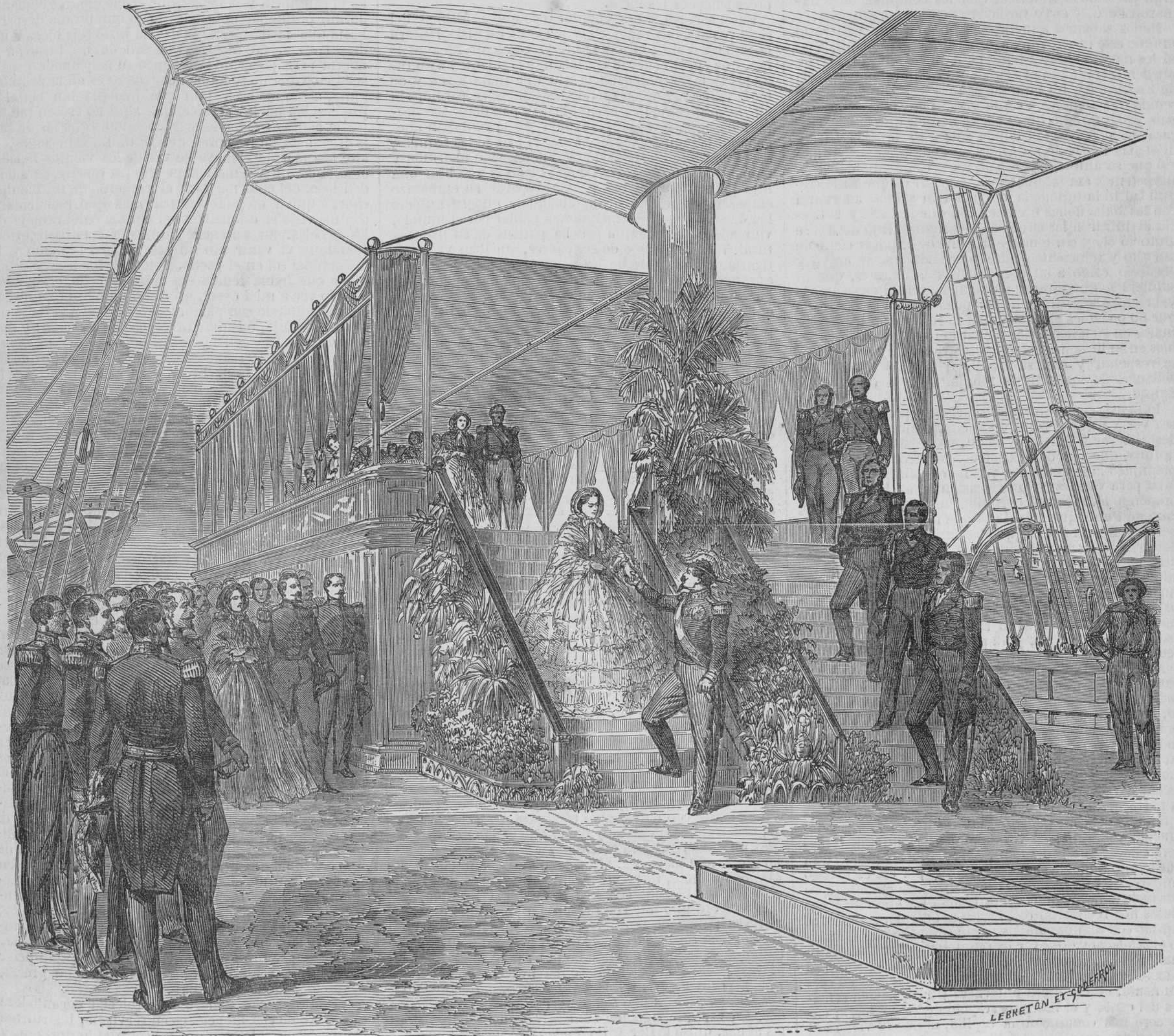
PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1860. — Tomo XVI.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.
Administracion general, passage Saulnier, núm 4, en Paris.

AÑO 19. — N° 404.



VIAJE DE SS. MM. — EL EMPERADOR Y LA EMPERATRIZ Á BORDO DEL CEPHISE, EN MARSELLA.

LEBRETÓN ET C^{IA}

SUMARIO.

El emperador y la emperatriz á bordo del *Cephise* en Marsella; grabado. — Excursion ó visita á las islas de Titicaca y Coati. — Llegada de SS. MM. á la prefectura de Tolon; grabado. — Baile dado á SS. MM. por la ciudad de Tolon; grabado. — Revista de Paris. — La luna y el mar. — La aurora. — A una rosa. — Despedida. — El primer canto del ruiseñor. — Una historia inglesa. — Desembarco de SS. MM. en el puerto de la Joliette; grabado. — Presentacion de las llaves de la ciudad por el alcalde de Tolon; grabado. — El anfiteatro de Artes; grabado. — SS. MM. dirigiéndose á Nuestra Señora de la Guarda de Marsella; grabado. — El prefecto marítimo de Tolon presentando á SS. MM. las llaves del Arsenal; grabado. — Expedicion de China; grabados. — Sucesos de Siria; grabados. — Cristóbal Colon y la Universidad de Salamanca. — Revista de la moda. — Episodios de la guerra de Italia; grabados.

EXCURSION O VISITA

A LAS ISLAS DE TITICACA Y COATI

EN LA COMPRESION DEL SANTUARIO DE NUESTRA SEÑORA DE COPACABANA, DEPARTAMENTO DE LA PAZ, EN BOLIVIA. — 1858.

I.

MARCHA. — EMBARQUE. — ANECDOTA Ó CUENTO.

Luego que la obediencia me colocó en este venerando santuario de Copacabana, situado en la orilla sudeste del famoso lago Titicaca, me propuse visitar la isla que le da el nombre; cuna, segun se cree, del gran personaje que al parecer de algunos supo derrocar un grande imperio, fundando otro mas dilatado, dando á los desiertos y á los salvajes leyes y monumentos que casi nos autorizan á llamarlo el Carlomagno gentil de esta gran parte de la América, que los conquistadores llamaron Perú, y cuyo verdadero nombre no sabemos.

Menos sabemos aun la época fija en que viniera al mundo este inclito fundador del imperio peruano; pues ni los monumentos, ni los geroglíficos, ni la tradicion pueden desenmarañar este punto capital de la historia de los incas; y los cronólogos mas pesquisadores han tenido que atenerse á conjeturas. Pero la creencia del pais y algunos escritores convienen en que la isla Titicaca fué el oriente de donde zarpara sobre las altas y dilatadas faldas de los Andes, ese hombre extraordinario que se anunció y fué acatado como hijo del sol... Respetemos esa fábula febea, á pesar de que ni la credulidad ni la mitología del pais han sabido adornarla con las halagüeñas ficciones con que la India y la Grecia divinizaron las cunas de sus héroes. Hijo del sol se anunció él, y sin tomarse la pena de explicar cómo de tan alto y reluciente padre procediera, se le creyó y obedeció como á tal por aquellos ignorantes, que ni siquiera se asombraron de su aparicion ni de su impávida embajada. Respetemos pues tambien nosotros lo que no podemos explicar, cual lo respetaron los pobres indios en su ignorancia, y cual lo respetan hoy los sabios en su filosofía; como los ilustrados viajeros á Oriente respetan y casi se fanatizan por las invenciones ridiculas de los tiempos fabulosos de la China y del Egipto.

Pues así, como un viajero curioso y pedante que desea ver y filosofar sobre cosas enigmáticas, yo tambien deseaba ver á Titicaca y Coati, estas islas del sol y de la luna, que cual dos monstruosos cetáceos flotan en el magnífico lago que rodea y baña este curato. Solo esperaba para verificarlo una ocasion que un amigo me proporcionó. Este fué el complaciente don Lucas Toro, cura de Puno, que todavía estaba mas deseoso que yo, por la simpatía natural que los americanos tienen y deben tener á los monumentos que les recuerdan la grandeza de sus incas memorandos. Para realizar mas fácilmente nuestros deseos se hallaba acá don Venceslao Bueno, hijo de una de las señoras á quienes actualmente pertenece Titicaca. Este amable jóven ordenó á su mayordomo don Agustin Bargas, que aprontase una balsa bastante capaz, para poder pasar el estrecho sin recelo.

Así dispuesto, salimos el dia siguiente para Yampupata, estancia ó ranchería de indios, que es el embarcadero propio de la isla. Digo embarcadero y no puerto, porque es un golfito natural formado de bien quebradas peñasqueras, que á guisa de motosas lanzas se sumergen en las olas, teniendo otras correspondientes en la opuesta playa de la isla; como si esta fuese un monstruo marino, que embistiendo al continente, fuese rechazado y vencido por algun ciclope descomunal. Solo la parte nordeste de Yampupata es de forma redonda y regular para un puertito; pero es inaccesible por las muchas peñas, que en vez de playa forman una verdadera estacada de pedernales. Así es, que ninguna balsa puede aproximarse sin exponerse; y por eso es preciso embarcarse una milla mas atrás en dicho embarcadero que nada tiene de cómodo, aun cuando sea el del inca. Los indios nos recibieron con bastante agasajo, saliendo al camino con algunas indias para acompañarnos cantando el *Alabado* y otros versos religiosos que acostumbra cuando el cura ó algun sacerdote le visita. Costumbre piadosa que se observa en todas las rancherías de esta península, que siempre entenece por la devota sencillez del canto y el inocente respeto de las cantoras; cuyo coro nos condujo á la capilla, donde se venera al taumaturgo agustino san Nicolás de Tolentino. Entramos y nos encomendamos á su proteccion, no porque tuviésemos que atravesar el Océano ni el estrecho de

Bering, sino porque este corto estrecho de media legua á veces se embravece como el de Scila y Caribdis, y se traga las endebles embarcaciones de totora con la misma pechuga que el cabo de las Tormentas se traga los navios de alto bordo de la Gran Bretaña. Por eso los balseros, sin ser Palinuros ni Nearcos, tienen un instinto singular, y no son capaces de meterse en sus frágiles chalupas cuando las brisas de la cordillera silban mas de lo que deben, ó cuando las olas sin elevarse mucho empiezan á henchirse con malicia.

Afortunadamente nos tocó un dia de céfiros y bonanza, y brincando como gamos por las puntiagudas rocas, nada parecidas á las cómodas graderías de los puertos de Europa, nos saltamos en la gran balsa, formada como todas de la totora ó enea que se cria en abundancia en las playas de la misma laguna, que la Providencia da á estos pobres náuticos, en vez de los añejos robles y pinos de la alta Noruega con que construyen sus grandes buques los marinos del Norte. Y ciertamente, que á pesar de lo frágil de la embarcacion íbamos nosotros allí mas tranquilos que el involuntario visitador de Santa Helena sobre el *Bellerofonte*. Así es que íbamos conversando alegremente de los incas y sus monumentos, mientras los indios ayudados de una pequeña vela formada con sus ponchos, iban remando con bastante esfuerzo, por la maldita costumbre de no querer adoptar los remos de pala, sino los redondos transmitidos por la barbarie, que en vez de resistir cortan el agua y no impelen, y que hubieran sido de gran atraso para las galeras vencedoras de Lepanto. Pues mientras estos pobres parados sobre el borde de la balsa, iban sudando con su empuje, y nosotros sentados como los cónsules venecianos en los escaños endamascados de una góndola, me acordé de una anécdota que contar quise á mis connavegantes y quiero repetir aquí; porque si ella pudiera descansar sobre datos fehacientes, esclarecería algo el oscurísimo problema del origen ó procedencia de los incas.

Pues, señores, va de cuento. Dice que á últimos del siglo pasado, un indio muy viejo de esta isla Titicaca le contaba á un padre del antiguo convento de agustinos, que sus abuelos le contaban lo siguiente: « En remotos tiempos habia en la isla una india jóven y de buen parecer, que en una de las salidas se perdió, sin que los padres pudiesen descubrir su paradero. Mas despues de cerca de un año, cuando ya la contaban ahogada en la laguna, ó muerta por el frio de las pampas, se les presentó no solo sana y buena, sino instruida y embarazada. Se alegraron desde luego al recobrar una hija que tanto amaban; pero al reparar su embarazo empezaron á reconvenirla, afeándole que se hubiese ido de su compañía, andándose á perder por el mundo, viniéndose ahora con la prueba patente de su mal natural. Tal fué el enojo de sus padres, que iban ya á castigarla, cuando la india les suplicó que la oyesen, asegurándoles que lejos de irritarse, alegrarse debían de que viniese en tal estado, pues estaba cierta que lo sucedido con ella no lo creía una infamia sino un favor divino. Los padres se calmaron, y recelando algun embuste le dijeron que se explicase. — Pues el dia que salimos de la isla, dijo la muchacha, me sentí como tirada para andar hacia allá, por allá lejos, por donde se pone el sol: así es, que sin poderlo resistir, me dejé llevar de mi deseo y anduve así como unos quince dias, siempre con el afán de ver dónde se acostaba el sol por la noche, que cada tarde se me iba ocultando tras de cerros mas lejanos. Al fin ya empezaba á cansarme y á faltarme la comida, cuando llegué á unos montes altos, muy altos y blancos, así como este lllampu que tenemos al frente por donde sale el sol; y creí que en ellos precisamente debia acostarse. Con la ansia de ver con mis propios ojos dónde se acostaba, y cómo se hundia en aquel gran colchon de nieve el dios de la luz, subí á una colina, y de esta á otra con agitacion; pues él se iba bajando ya, y temí que se iba á acostar sin que yo viese su cama. Mas mi agitacion, y quizás la nieve que empezaba á pisar, me hizo doler tanto la cabeza y los ojos, que desfallecí. Quedé un rato como muerta, pero afortunadamente el frio me despertó. Temiendo que el hielo de la noche podia matarme, me esforcé para bajar del cerro en lugar mas abrigado, y me dirigí hacia una abra, por donde me pareció ver todavía algunos rayos del sol, y tambien percibia cierto aire suave que me reanimó. Y como siempre deseaba ver dónde se iba á descansar mi sol querido, me apresuré á llegar á ese punto, que me pareció iba á satisfacer mis ansias. Pero ¿cómo os explicaré la sorpresa que tuve, cuando en vez de otro cerro que le sirviese al sol de cama, ví allí una dilatada y ancha llanura, no seca como nuestras pampas, sino verde, poblada de árboles y de plantas con flores, cuya fragancia me traía el viento, descargaba mi cabeza y me ensanchaba el corazón? Y al fin de esa pradera tan linda, á la que deseaba volver como una mariposa, ví un lago grande, mucho mas grande que este, mil veces mas... sin fin; pero no azul, sino blanco, blanco, como si fuese plata bruñida, y luego de oro fino tan relumbante que no me dejaba mirarle. ¡Qué cosa tan hermosa! Yo me deleitaba en ver cómo el sol hacia relucir de un modo tan lindo las aguas de aquella grandísima laguna: pero me sobrecoji de espanto cuando ví que se iba hundiendo en ella poco á poco; porque temí que sus aguas inmensas lo ahogarian, y el mundo se quedaria ya sin su resplandor. Así es, que viéndolo sumergir enteramente bajo las aguas, quise gritar y no pude, casi me caí muerta de espanto. Pero...

¿Y para eso, le interrumpió su padre, para eso dejaste nuestra compañía? ¿para ver cómo reluce aquel

gran lago y para ver cómo se hunde el sol en sus aguas te fuiste tan lejos? ¿Acaso cuando el sol se nos oculta por allá, por detrás de Chucuyto, no has visto lo mismo en ese lago? ¡Vaya, emilla! que quieres embaucarnos con tus cuentos. Dinos pronto ¿dónde has estado, y quién es el hombre que ha abusado de tu soledad? ¿O quizás tú?... añadió la madre mas recelosa y apesadumbrada.

¡No, Taicaja, colila! no os enojeis, contestó la jóven. Dejadme continuar mi relacion, ¡Hauguija querido! y ambos quedareis satisfechos. Donde he estado no os lo sabré decir, porque es una tierra muy lejana. Solo os repetiré que he corrido tras del sol, siguiendo su curso, y que he llegado hasta la playa de aquella gran laguna, cuyas aguas saladas y amargas no pude beber despues, y que al ver hundirse el sol en ellas aquella tarde me quedé tan espantada, que temí morir de pena: me caí rendida y desconsolada. El cielo ya se iba oscureciendo, las estrellas empezaban á brillar, cuando ví que se acercaba un hombre. Fatigada y aturdida como me hallaba en aquel mundo desconocido, lejos de asustarme, al verlo me alegré. El se acercó con tan buenas maneras, que lo tuve por algun enviado del sol para favorecerme. Me hablaba con viveza; pero yo no lo pude entender, hasta que con señas y ademanes me indicó que lo siguiese. Me levanté tomándome él del brazo, y me dejó conducir á una especie de cabaña, donde él vivía. Comprendió por mi pesadez que estaba yo muy fatigada, que necesitaba alimento y descanso: me hizo recostar sobre unos blandos cueros de alpaga, y se salió, volviendo luego con una chua de agua caliente mas confortante que nuestra chicha. La tomé con ansia; y él, sin decirme palabra, se retiró. Pero en sus entradas y salidas observé que él se postraba y levantaba sus manos al cielo, como dándole gracias de haberme salvado. Yo tambien desde mi rincon se las dí, por haberme proporcionado tan buen auxilio. Luego el cansancio y la bebida que él me dió, me hicieron dormir profundamente; de modo que no me desperté hasta que la hermosa luz del sol hirió mis ojos. Y me desperté con tal alegría, que salí de un brinco á la puerta para poderlo ver en todo su resplandor y persuadirme que no se habia ahogado ayer en la gran laguna, como me creí. ¡Oh qué mañana tan bella! la frondosidad de los árboles, que aquí no crecen tan altos, el canto de las aves mas melodiosas que las de acá, la fragancia de las flores que aquí no conocemos, el aire tan plácido y suave en vez de los vientos helados de esta cordillera, me tenían en otra especie de sueño delicioso, del cual me sacó el recuerdo de mi bienhechor, á quien no pude ver por mas que escudriñaba con mi vista si estaba tras del chume ó del ramaje de los árboles. Su ausencia empezaba á entristecerme, cuando lo ví venir con un palo alto en la mano y la imágen del sol en el pecho. Entonces me acordé de un sueño que habia tenido esa misma noche, en que me pareció ver á mi dios sol, así como un hombre, que me estaba hablando con palabras tan compasivas como un padre á su hija, ó como un esposo á su esposa: y casi me creí que ese delirio de mi sueño fuese un aviso cierto, cuando acercándose mas reparé en él (lo que no habia observado la noche anterior con mi fatiga y la oscuridad) la cara mas blanca y hermosa que jamás habia visto. Sus ojos grandes y brillantes mas que los del huanaco, sus mejillas rosadas como los celajes de la aurora, sus labios colorados como la flor de la cantuta, sus pelos, no negros como los nuestros, sino así parecidos al color de la vicuña, su figura alta y majestuosa, sus ademanes y su andar mas reposado que el de las llamas; todo...

Todo te alucinó y te sedujo, interrumpióle su padre algo molesto con tan larga relacion. No, colila; contestó la hija: sino que todo me convenció, que si él era hombre como tú, si era mortal como nosotros, no era á lo menos de nuestra raza, sino de otra mas alta, si es que no fuese un enviado del cielo. Sus atenciones conmigo, su grave delicadeza, sus costumbres tan decentes y piadosas, cuanto observaba en él me fortificaba mas cada dia en esa idea. Así es, que lo miraba con respeto y me consideraba feliz en su compañía: cada mañana al salir el sol le daba gracias por haberme conducido, quizás por un loco impulso de mi fantasía, al lado de un ser tan benéfico. Al principio nos entendíamos por señas; pero á los pocos dias él aprendió mis palabras: tomaba una cosa en su mano y me hacia decir qué se llamaba; en el campo que me hacia cultivar con él, me hacia nombrar las plantas y árboles, los frutos y los instrumentos de su labranza: cuanto él hacia ó me veía hacer á mí, queria que se lo pronunciasse en nuestra lengua. El lo repetía todo con la mayor atencion, hasta que lo pronunciaba mejor que yo. La viveza de su inteligencia y la constancia de su aplicacion hizo que en breve pudiese hablar como uno de nosotros, como un hermano mio. Yo me empecé en que él tambien me enseñase su lengua; y se rió, conociendo mi incapacidad. Pero habiendo un dia preguntádome cómo me llamaba yo, le dije que Oello-Huaco, que él pronunciaba con mucha dulzura; quise yo tambien saber su nombre y me dijo que era *Engle*, Ingla, ó no sé qué palabra que nunca he podido pronunciar bien, sino Inca; nombre que le causa mucha gracia, y así no mas lo llamo siempre.

Esa comunicacion reciproca, la soledad encantadora y el esmero de sus atenciones en servirme, instruirme y complacerme, hicieron que mi corazón lo quisiera, y yo no le disimulé mi inclinacion. Así es, que él conoció mi cariño; pero lejos de abusar de mi imprudencia, me confesó que él tambien me amaba como a una her-

mana, que desde que el sol me habia conducido á su compañía y hallaba tanta simpatía en nuestros corazones, deseaba tomarme por esposa: pero antes, me dijo, es preciso que te instruya en el modo de adorar á Dios, para poder celebrar nuestra union bajo su amparo. Esta declaracion en un lenguaje tan nuevo y dulce para mí, me encantó, y estaba escuchando sin resollar. ¿Y tus padres, me añadió, qué dirán de tu resolucion, de tu enlace con un desconocido? Ellos, le contesté, ya me creerán muerta; y si algun dia me vieses unida á un hombre tan virtuoso como tú, se tendrían por los mas dichosos de los padres. Pues entonces, me dijo, en breve serás mi esposa. Esa promesa acabó de avivar el amor que ya le tenia, y doblé mi atencion á cuanto él me enseñaba con la mayor paciencia. Luego aprendí á hilar, á teñir y á tejer, como él; de modo que esas *urcus*, esas *licllas* y ropas que llevo son obra de mis manos y de las suyas. Me ha enseñado tambien que ese sol tan hermoso no es el dios grande y principal como nosotros creemos, sino un dios pequeño, ministro de aquel otro Dios grande, Criador del mismo sol, de la luna, de las estrellas y de la tierra, á quien él llama así, como Pachacamac: que ese Dios poderoso es muy bueno, que allá en el cielo premiará las acciones buenas de nuestras almas, y otras cosas mas lindas, que despues os explicaré mejor.

Los padres se asombraban de esas ideas de su hija; pero deseando saber el punto principal de su ansiedad, que ya prevenian, le dijeron que continuase, y continuó así:

Cuando él me consideró bastante instruida, me dijo una mañana que fuese á lavarme, que me arreglase el pelo, que me vistiese con lo mejor de mis tejidos y algunos adornos mas que él me dió para que me ataviase. Así lo hice, volviendo luego del mejor modo que pude alfiarme. Vi que él habia hecho lo mismo; y nunca, con su *llanto* ó diadema, con su penacho de plumas, sus orejeras, sus braceletes, el sol de oro en su pecho, nunca me pareció mas hermoso. Estaba hincado con las manos y ojos levantados al cielo, como implorando sus favores sobre él y sobre mí. Mi llegada le hizo interrumpir su plegaria: me hizo seña que me le acercase y me hincase á su lado. Obedecí; y tomándome de la mano me dijo: querida mia, hasta hoy te he mirado como á hija de mi misma madre; dime ahora si aun insistes en el deseo de ser mi esposa, mi compañera hasta la muerte. Esa pregunta, á pesar de que la esperaba, me hizo estremecer de miedo y de gozo al mismo tiempo; pero disimulando mi turbacion, le contesté que sí. Mira, Ocello, me añadió, me tendrás que seguirme en mis viajes siempre y en mi suerté. Te seguiré siempre, Inca mio, le contesté. Entonces hizo en su lengua no sé qué súplicas al cielo, y clavando en la tierra su larga vara en medio de los dos, y estrechándome la mano, me dijo con un acento solemne: ¡Mama Ocello, estamos solos! mas el sol nos alumbrá, Dios nos ve, la naturaleza toda nos contempla. Pues á la presencia de Dios, del sol, de la luna y de todos los seres, jura que serás mi inseparable compañera, mi fiel esposa toda la vida. Juro, le respondí: él juró lo mismo invocando á Pachacamac, dándome un abrazo y besándome la frente. Y luego levantándose, me levantó y me dijo: ¡somos esposos! Esa cabaña, esos campos cultivados por mí, son tuyos como lo es mi corazón: cuida de todo y prende fuego, mientras yo voy á buscar algo con que solemnizar nuestra union. Tomó su arco y sus flechas y se marchó: pero volvió pronto, trayendo un venado y varias aves, que yo cociné, y con eso y algunas frutas festejamos nuestra boda. ¡Cuánto deseaba yo que vosotros hubiésteis sido testigos y participes de mi felicidad! que verdaderamente era grande hasta que me inquieté por vosotros y me desesperaba por volveros á ver...

¡A buena hora! dijo el padre con desden. ¿Y os pesa de verme, padre mio? preguntóle la hija. No: respondió el viejo, que mas bien estaba complacido del sucesos. Pero ¿dónde está ese Inca, dónde se ha quedado? ¿por qué no te ha acompañado? replicó el padre. ¡Vaya, emilla! mucho recelo que tu retahila es un cuento para alucinarnos y disculpar tu mala andanza. ¡Ah, si lo que tú dices fuese cierto, me tendria por el padre mas afortunado! ¿Mas qué pruebas nos das de que dices la verdad? Mi misma preñez, contestó la jóven india: y mi desembarazo os convencerá completamente. El aire de sinceridad con que la emilla se expresaba, protestando de su verdad, les hizo creer que podria ser cierta su larga relacion, que no supo contar mas breve; y la cuidaron con esmero hasta su parto, que fué muy pronto.

En efecto, á los pocos dias parió, y los viejos se volvian locos de contento al ver un niño de cutis blanco, de pelo rubio, de facciones mas finas que cuantas criaturas habian visto hasta entonces. La parida tomaba á su hermoso hijo, lo besaba con frenesí, diciendo que era un vivo retrato de su padre. Esto que lo repetia la india con delirio y con lágrimas de gozo, excitó el deseo de los padres, que la conjuraron para que les dijese de una vez si era vivo y dónde estaba. Vivo está, y no lejos de aquí, les respondió la hija; y si no se ha presentado todavia, es porque primero ha querido saber si tendriais humanidad conmigo y hospitalidad con él. Como es extranjero ha recelado: pero si viene, ¿lo recibiréis cual él se merece, siquiera como á esposo mio, como padre de mi hijo? Sí, gritaron los padres: dinos, hija, dónde se halla, estamos desesperados por verlo y abrazarlo. Pues bien, respondió la Ocello tomando á su querido hijo, seguidme: y subiendo una cuestita, como de una milla, llegaron á una loma esplayada donde hay unos colles ó acebuches. Para tomar aliento se sen-

taron un rato á su sombra, y observaron como unos cimientos empezados de una pieza muy larga y grande, que llamó mucho la atencion de los pobres isleños acostumbrados á vivir en hutas angostas como sepulcros; y ni siquiera se les pasó por la imaginacion que aquellas fuesen las bases del primer templo que el sol tuviese en esas regiones tan altas, y cuya obra le dedicaba trabajando por sí mismo el extranjero que buscaban.

El Inca al entrar en Titicaca no se habia dejado ver de nadie, y observaba la mayor vigilancia aun en su trabajo: porque convenido con su esposa, queria ver qué impresion causaria en aquellas gentes su aparicion. Así fué, que al apercibirse de la visita por la conversacion, no dudó que fuese Ocello con sus padres, y ocultándose mas se adornó como el dia de su desposorio. Su esposa, que instruida para el caso sabia muy bien que debia estar en aquel sitio, empezó á gritar: ¡Inca, Inca! Esa voz tan grata ya para él, y que repetida significaba la buena disposicion de los visitantes, hizo que se presentase, pero con una majestad imponente. La blancura de su rostro, la viveza de sus ojos, los adornos de su persona, que realizaban los reflejos de los rayos del sol, infundieron tal respeto á aquellos pobres salvajes, que no se atrevieron á acercársele, y se postraron en el acto, creyéndolo una divinidad. Viendo la hija el aturdimiento de sus padres y la aproximacion del Inca, los alentó diciéndoles: ¡acercaos, es mi esposo! Lo será, contestó el anciano sin levantar los ojos: pero si no es un dios, creo sí que es hijo del sol. No os engañais, venerable padre de mi esposa, repuso el Inca inmediatamente: pero ahora seré tambien un individuo de vuestra familia. El sol mi padre me manda para enseñaros muchas cosas que ahora no sabeis, y para haceros felices. Soy hijo del sol... y mientras vosotros vivais tambien seré vuestro hijo. Con esa declaracion se enajenaron de asombro y de placer los pobres viejos, que no hallaban expresiones con que agradecerle la bondad con que habia tomado á su hija por esposa. Esta descubrió entonces á su hijo, y al verlo el Inca casi perdió su majestad, dejándose trasportar de un impulso de amor tomó á su hijo con ansia paternal, y besándolo con ternura lo levantó hácia el sol, ofreciéndoselo y pidiendo para su vida los favores mas grandes.

La actitud sublime y entusiasta con que el Inca, mirando el sol de hito en hito, como un águila real, hizo este ofrecimiento entre los empezados cimientos del templo que levantaba, acabó de persuadir á sus suegros que ese su yerno misterioso era realmente hijo del astro del dia. Y él, lejos de desvanecer esta preocupacion, se la inculcaba mas; porque le convenia sostenerla aunque fuese con inocentes supercherías para llevar adelante los planes que meditaba, en los que tenia bien iniciada á su esposa, y que empezó ahora á desarrollar en la cabaña de su familia. Esta difundió luego por la isla la gran nueva del huésped divino que los honraba; y todos venian á verlo, ó mas bien á venerarlo. Las ideas de moral y de piedad que les inculcaba y practicaba, los adelantos de la agricultura y otras artes que les enseñaba por sí mismo, sin perder jamás su gravedad, su empeño en concluir el templo de su deidad tutelar, les hizo aclamar á ese desconocido Civilizador como descendiente real de aquella divinidad deslumbradora; y en el colmo de su entusiasmo lo llamaron Manco-Capac, para significar que era un personaje heróico *rico de virtud*. Luego de la isla pasó al continente la divina fama del Inca, cual si los condores la esparcieran desde las calurosas playas del Océano hasta los nevados picos de la cordillera; y cuando él calculó por las instancias de las tribus que era ya tiempo oportuno para realizar su empresa, salió con sus adornos de oro, su manto y diadema y con su vara claveteada, cual Baco con su tirso, ó cual Mercurio con su caduceo, instruyendo en las rancherías y haciéndose venerar y obedecer hasta llegar al Cozco, donde fundó su imperio, é hizo todo lo demás que nos refiere la historia.

Así contó aquel indio viejo la venida y salida del Inca de esta isla que vamos á visitar y que ya estamos tocando. Si esta anecdota, señores, que la severa historia miraria con desvío, pero que el romanticismo adoptaria con amor revistiéndola con todas las galas de la poesía mitológica, cual el viaje de Evóe á la India ó de Cérés á la tierra; si no puede sostenerse al frente de nuestra critica escéptica, tampoco puede rechazarse enteramente como una impostura ó una fábula de viejas. Otros cuentos ha consignado el tiempo en sus anales que podrian sostenerse menos, si con los estrictos escrúpulos de nuestros aristarcos tuviéramos que examinarlos. Lo cierto es que la aparicion de Manco-Capac en estas alturas andinas es y será siempre un enigma. El historiador filósofo César Cantú se inclina á creer con un autor inglés, que el Inca fué un nieto de Genjiscan; otros un naufrago culto y astuto de la Tartaria ó de la Siberia, á quien una tempestad, un arrojó ó la Providencia hubiera conducido á estas regiones salvajes: pudiera haber sido un persa adorador del sol, un judío renegado de las trasmigraciones antiguas ó de la última dispersion: pudiera ser... ¡tantas cosas pudiera ser! Pero estas y otras posibilidades, que pueden hermanarse perfectamente con el cuento de nuestro viejo, serán buenas para ejercitar la erudicion de nuestros sabios probabilistas; mas todas sus conjeturas no comunicarán á esas densas tinieblas de tan inculta antigüedad la luz de la certeza; mucho menos, siendo tan mudos como son los pocos monumentos existentes, sin geroglíficos y sin una tradicion fija, im-

posible es esclarecer este caos. ¿Y qué tiene eso de extraño? Si el mismo Motezuma con toda su cultura no sabia quiénes fueran ni de dónde vinieran sus ascendientes al trono de *Mexite*; y con su natural franqueza solo supo decirle á Cortés, que como este, habian sido advenedizos; ¿cómo era fácil indagar quién era y de dónde venia el Inca, cuando él mismo ocultó su origen, envolviendo ese secreto en las manchas y rayos del sol, y cuando estos pobres indígenas menos cultos que los ineycanos recibieron su anuncio y su persona con la mas aturrida sumision? Y no podemos acriminar á estos infelices ignorantes su grosera credulidad. Alejandro, con un ejército de griegos cultos, cuyos jefes eran filósofos, y que todos conocian á su padre Filipo y á su madre Olimpia, si hubiese vivido mas y si se hubiese encaprichado en hacerse reconocer hijo de Júpiter Ammon; ese ejército y esos filósofos lo hubiesen proclamado tal, y las naciones esclavizadas hubiesen recibido y transmitido la invencion si la muerte no lo sorprendió tan pronto. Los pueblos mas cultos del antiguo mundo hasta ahora no pueden explicar satisfactoriamente la procedencia de sus divinizados fundadores. Los sabios mas famosos de la tan ponderada Grecia se hubiesen visto embarazados si hubiesen tenido que explicar la genealogía de sus héroes; y hubieran tenido que quemar avergonzados los bosques encantados y los templos de su risueña mitología. Roma, la misma Roma tan sabia y tan moderna (en comparacion del Menfis y del Tibet) se ve precisada á adoptar una fábula, y una fábula bien grosera, para explicar de un modo risible la lactancia y la muerte de su fundador fratrícida. Parece una ley penal de la naturaleza, que los pueblos que no reconocen en la historia del Pentateuco el tronco de sus progenitores, se vean condenados á aceptar las patrañas de los impostores malignos, ó bien las ridículas ficciones de mentirosos poetas.

Pues bien; yo sin discutir mas, acepto la relacion de Mama-Ocello, transmitida por el indio viejo de Titicaca, con la credulidad que los viajeros á la isla de Chio aceptaban los episodios del inmortal y quizás quimérico Homero. Porque tambien el negarlo todo es un pirronismo desconsolador, y el hacer un viaje sin ilusiones casi es una insensatez.

II.

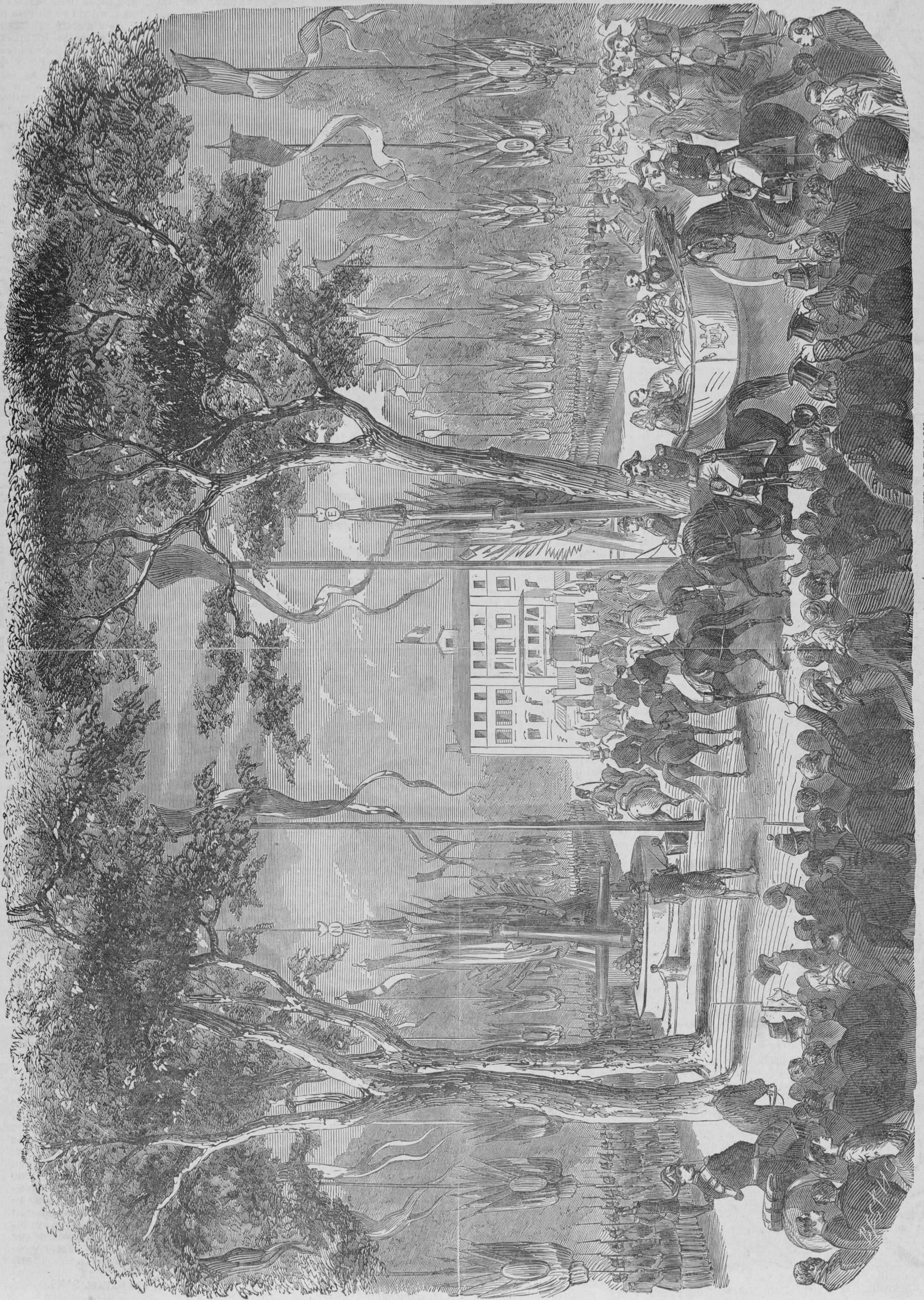
PUERTO. — PALACIO Y FUENTE DEL INCA.

Con esas reflexiones distrajimos el fastidio de la travesía, y casi sin sentirlo llegamos al puerto de la isla, formado de rocas naturales mas llanas y cómodas que las del embarcadero. Allí nos esperaba el mayordomo con indios y bestias, que por lo pronto no quisimos montar, para recorrer á pié los vestigios de las antigüedades que están á la vista. Esas son, sobre el mismo puerto, las ruinas regularmente conservadas de unas paredes de piedra y barro muy fuerte, que algunos creen haber sido una fortaleza para defender dicho puerto. Y en efecto, tienen como visos de muralla antigua; pero la parte superior del lado del cerro conserva todavia vestigios de umbrales, que podian haber sido puertas de otra clase de edificio. El tendria como unas cincuenta varas de largo; pero como sus restos son paredones bajos muy mutilados, cubiertos de maleza, y no pude tener un cicerone que me las explicase, ni un punto de vista de donde tomar una perspectiva cualquiera, no las dibujé; y con los compañeros nos pasamos á la orilla de la derecha, hácia el Norte, donde sobre un golfito perfectamente circular de rocas naturales, se conserva todavia una casa, que se le podrian tributar los honores de palacio ó de castillo; pues por su solidez y elevacion se parece bastante á ciertos edificios feudales de la edad media, y tambien á los alcázares ó torres árabes de los moros en España. El edificio es de piedra bruta, pero tan bien unida, que quizás labrada y con cal no estaria tan sólida. A lo menos estoy cierto que ningún edificio antiguo, de los que las naciones cultas cuidan cual corresponde, se hubiera conservado por tantos siglos, estando como este enteramente abandonado, expuesto á todas las inclemencias de aguaceros diluvianos, de heladas y granizadas violentas y demás intemperies de un sol casi calcinador y de escarchas incomparables casi por todo el año y en un mismo dia, en esta alta region de los Andes; con la maleza y los arbustos que crecen lozanamente sobre sus bóvedas y paredes destecladas, descuajando con sus raices las cumbres, donde trepan los cabritos destructores y hasta los corderos, que parece luchan á porfía para arruinarlo.

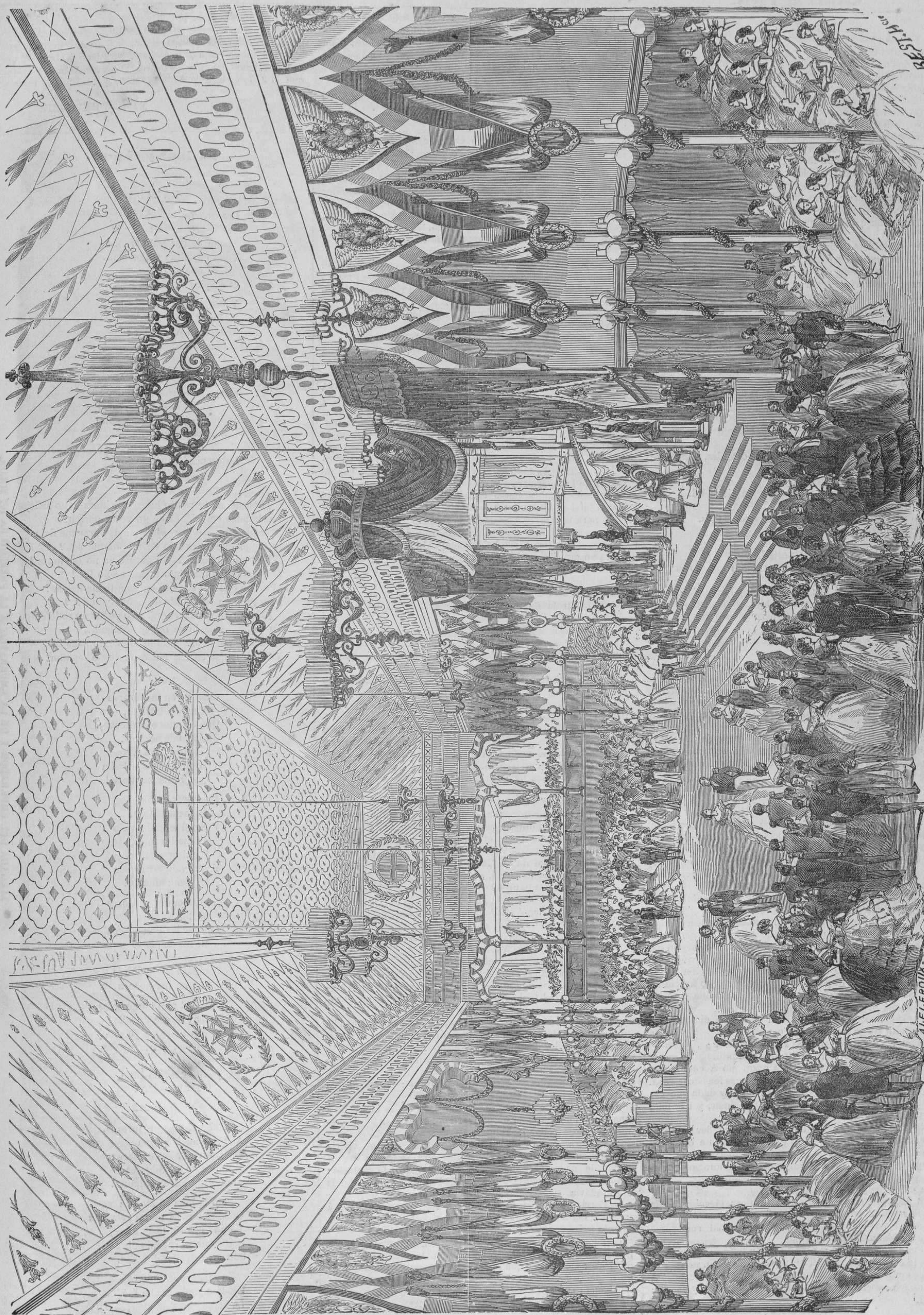
No hay duda que su fachada era la que mira al lago de frente al majestuoso lllampu, que está al Oriente ostentando toda su elevacion colosal sobre la region de las nubes, y reflejando en el terso cristal del lago el nevado copo de su inmensa mole, como apoyada en el abismo. La entrada al interior debia ser por el lado de Poniente, por estar el terreno igual al piso superior. Las cuatro puertas de este frente oriental no tienen pasaje ó comunicacion al interior, sino que son como unos cuartos ó piezas aisladas, que solo comunican entre sí. Pero lo admirable de esas habitaciones es la clase de sus bóvedas, construidas de tal manera, que ni el mismo Vitruvio creo se atreviera á imitarla, sin temor de quedar sepultado bajo su obra. Las piedras que las forman son grandes y llanas, pero sin labrar y colocadas horizontalmente, como si debieran formar una cornisa.

FR. RAFAEL SANS.

(Se continuará.)



LLEGADA DEL EMPERADOR Y DE LA EMPERATRIZ A LA PREFECTURA DE TOLON.



BAILE DADO A SS. MM. POR LA CIUDAD DE TOLON.

ALF. LEROUX.

Revista de París.

Hé aquí una anécdota verídica en todos sus puntos á pesar de sus apariencias novelescas :

Hace dos meses un comerciante acaudalado de París decia al dependiente principal de su casa, jóven de treinta años que habia entrado en su escritorio casi siendo niño, y á quien apreciaba por sus buenas prendas :

— Querido Alberto, ¿no has pensado todavía en casarte?

— No, señor; tengo tiempo aun.

— Sin embargo, vas entrando en edad de establecerte; eres un hombre de conducta, posees algunas economías, y no careces de inteligencia para los negocios; un buen casamiento haria de tí un hombre completo. Piénsalo bien.

— ¡Oh! cuando lo piense será cosa hecha.

— Es preciso buscar, y no vas á ninguna parte : es tu único defecto; parece que huyes de la gente.

— Cuando busque, creo que no tardaré mucho en encontrar.

Y el comerciante decia para sí : — «Le he dejado ver muy á las claras que quiero que se case con mi hija; ahora se imagina que no tiene que decir mas que una palabra para obtenerla, y se hará de rogar.»

Y Alberto pensaba igualmente : — «Tu hija es bonita, tiene un buen dote, y su marido herederá un día tu casa de comercio; pero si crees que me he de casar con ella, estás en un error.»

Despues reflexionó que el comerciante habia desechado ya dos buenos partidos para su hija.

— Sin duda ha sido por mi causa, se dijo; yo no quiero declararle mi resolucion, primero porque no estaria bien de mi parte, y segundo porque al cabo y al fin no me le ha ofrecido... ¿Qué haré?... Solo hay un medio de desengañarle, y es el de casarme con otra.

Con efecto, pocos dias despues del coloquio anterior, sacó á relucir el mismo asunto y le dijo :

— He pensado en lo que hablamos el otro dia, y estoy resuelto.

— A casarte.

— Sí, señor; á casarme, como me aconsejaba Vd.

— ¿Y pronto?

— Lo mas pronto posible : antes de quince dias.

— Mucha prisa es esa.

— Ya se lo dije á Vd.

— Es verdad : ¿y la eleccion está hecha?

— No, pero eso es lo de menos; ahora mismo salgo á ocuparme del asunto.

El comerciante fué á ver á su señora, y la notició que Alberto le iba á pedir la mano de su hija, y que no se habia atrevido á decirselo directamente, pero que sin duda la recibiria en breve por escrito.

Alberto salió y se fué en derechura á la casa de Niños expósitos, y la dijo á la directora :

— Tengo treinta años, soy primer dependiente en una buena casa de comercio de París, poseo ya tres mil francos de renta, quiero casarme, y vengo á solicitar de Vd. una de las jóvenes de este hospicio. Hé aquí las señas de mi principal, quien dará á Vd. todos los informes que le pida acerca de mi persona.

— ¿Ha reflexionado Vd. en el partido que quiere tomar?

— Sí, señora, lo he reflexionado bien y hace mucho tiempo.

— ¿Debo recordar á Vd. que al elegir una mujer en esta casa no tendrá Vd. familia?

— Justamente por eso vengo aquí; yo no quiero familia; la familia es lo que echa á perder todos los matrimonios.

— Está bien, caballero; vuelva Vd. mañana.

Sin perder tiempo la directora salió á ver al comerciante, cuya indignacion al recibir la noticia del paso que habia dado Alberto, fué el mayor elogio que habria podido hacer de su dependiente. Por lo demás, á pesar del despecho que le animaba, sus respuestas á las preguntas de la directora no pudieron ser mas favorables para el jóven.

Al otro dia á la hora convenida Alberto se presentaba en la casa de beneficencia.

— Sígame Vd., le dijo la directora; vamos á pasar revista á todas mis niñas; pero por Dios, no dé Vd. margen á que sospechen ni remotamente el objeto de su visita : cuando haya Vd. elegido, me lo dará Vd. á conocer sin que la jóven favorecida adivine que le ha llamado á Vd. la atencion.

— Acompañaré á Vd. para darla gusto; pero no habria tenido inconveniente en admitir la que Vd. me hubiese designado. Vamos, pronto acabaremos.

En la primera sala, Alberto dijo al oido de la directora :

— Es inútil andar mas, ya está escogida.

— Sígame Vd.; deseo que las vea Vd. todas.

— Como Vd. quiera, pero repito que es inútil.

Y una vez concluida la visita, Alberto dió á conocer su eleccion, que habia recaido en una de las mas feas de la casa.

— ¿Habla Vd. de veras, caballero? No hay duda que esa jóven posee cualidades morales apreciabilísimas, y á fe mia, me extraña...

— No diré á Vd. que he adivinado sus cualidades morales; lo que me ha decidido ha sido lo que precisamente creyó usted que la perjudicaria á mis ojos, su poca hermosura. Pero ¿qué quiere Vd.? no tengo tiempo para enamorarme, ni lo tendré para ser celoso, y por eso quiero una mujer fea : la belleza es lo que pierde á las familias.

— En fin, vamos adelante. Esta primera eleccion no le compromete á Vd. irremisiblemente. Verá Vd. á la jóven otro dia, hablará Vd. con ella, y entonces podrá Vd. resolverse de un modo definitivo.

— ¡Cuántas dilaciones sin motivo! No tengo tiempo para hacerla la córte, y además, francamente hablando, no sabria.

— Sin embargo, hay cosas precisas; no puedo dar á usted su mano sin saber si la conviene á ella casarse, y casarse con Vd.

— Es verdad; no habia pensado en ello. De todos modos suplico á Vd. que se aceleren los preparativos.

Durante tres dias Alberto fué á visitar á la directora, y cada vez con un pretexto ú otro la jóven era llamada á la sala, se quedaba haciendo labor junto á la directora, y no hablaba sino para responder con monosílabos á las insignificantes preguntas que el novio la dirigia.

Por fin, este no pudo mas y exclamó de súbito :

— ¿Qué le parece á Vd. de mi, señorita?

La jóven se sonrojó, miró á la directora y se quedó confusa.

Alberto prosiguió :

— No hay motivo para que yo la desagrade á Vd.; pero segun marchan las cosas, tampoco le hay para que llegue jamás á ser de su agrado. Yo deseo casarme con Vd. ¿Quiere Vd. casarse conmigo? Su madre adoptiva de Vd. acepta mi demanda; ella conoce que será Vd. dichosa en mi compañía; su felicidad de Vd. depende de su propia respuesta.

La jóven habia dejado caer su labor; sus ojos estaban fijos, sus labios trémulos, su pecho oprimido.

No pudo proferir mas que una palabra.

— ¡Yo! exclamó.

Y luego su cabeza se inclinó hácia atrás, se puso pálida, su rostro se inundó de lágrimas; en un postrer esfuerzo tendió las manos hácia su madre adoptiva, quien la recibió desmayada en sus brazos.

La felicidad la habia trasfigurado : fué hermosa una vez en su vida.

— Lo demás corre de mi cuenta, dijo la directora.

Alberto conmovido profundamente se retiró con su eterna cantinela :

— Por Dios, que todo se haga lo mas pronto posible.

No fué excesiva la tardanza; hace un mes que Alberto está casado. Quería dejar al comerciante, pero este se opuso, y pasado el primer arrebato ha vuelto á ser su amigo.

Ha muerto en la semana última un sugeto bastante conocido por su carácter original, M. Petit, director del *Círculo de París*. Uno de los corresponsales del periódico la *Independencia belga*, ha escrito algunos apuntes biográficos sobre este personaje singular, de los cuales vamos á entresacar un par de rasgos de los mas característicos.

M. Petit, hombre afable y alegre como ninguno, tenia la mania fatal de las apuestas, y sus amigos se coaligaban á menudo para divertirse á costa de su manía.

Una vez un inglés que habia estado en la India, contaba delante de M. Petit que habia comprado un terreno donde habia un gran trozo de monte.

Querian hacerle pagar seis mil quinientos árboles; pero el inglés subió á una altura que dominaba la arboleda, echó una ojeada en torno suyo y dijo al vendedor :

— Usted trata de engañarme; pero es inútil, lo he conocido.

— ¿Y de qué manera quiero engañar á Vd.?

— Vendíendome lo que no hay; me cuenta Vd. seis mil quinientos árboles en el trozo de monte, cuando solo existen cinco mil quinientos veinte y siete.

Vieron que tenia razon, y no le cobraron mas que los árboles que habia.

— Eso es imposible, exclamó M. Petit; no puede Vd. reconocer así el número de los árboles.

— En la India, dijo el inglés con mucha gravedad, tenemos tal costumbre de esas cosas, que las hacemos sin pensar. Desde un punto elevado á primera vista le digo á Vd. cuántos árboles hay en un bosque.

— ¿Es Vd. capaz de hacerlo todavía?

— Sí, señor.

— ¿Con qué condiciones?

— Con la de encontrarme en una altura que domine bien los árboles cuyo número quiera yo calcular.

— ¿De modo que desde el Arco de la Estrella, repuso uno de los presentes, podria Vd. contar de una ojeada los árboles de la calle principal de los Campos Eliseos.

— Con la mayor facilidad, contestó el inglés.

— ¿Y en mucho tiempo?

— En dos minutos.

— Pues yo, exclamó M. Petit, le doy á Vd. diez minutos, y apuesto á que no dice Vd. el número justo; mas aun, paso por la diferencia de cincuenta mas ó menos.

— ¿Y cuánto apuesta Vd.?

— Cien luises, dice M. Petit.

— Están apostados; marchemos ahora mismo.

Toman un coche de alquiler y se dirigen al Arco de Triunfo por la calle del faubourg Saint-Honoré, á fin de que el inglés no pueda contar los árboles á la subida.

Llegan al Arco, y una vez en la plataforma el inglés echa una mirada detenida, y sin reflexionar un segundo mas del tiempo prefijado, dos minutos, exclama :

— Hay seiscientos sesenta y ocho árboles; no cuento mas que los de las orillas del paseo.

Bajan, cuentan los árboles y estaban justos : el inglés habia ganado.

La coleccion de anécdotas de este jaez en la biografía á que nos referimos es larga y divertida : hemos citado la primera; vamos á citar la última.

La vispera de su muerte M. Petit decia que no viviria veinte y cuatro horas mas.

Uno de sus mejores amigos, M. N. Roqueplan, le contestó :

— Yo apuesto veinte y cinco luises á que vive Vd. diez años todavía.

— Corriente, dijo M. Petit; van los veinte y cinco luises á que mañana á estas horas he muerto.

Es la única apuesta que ha ganado en su vida.

Concluiremos dando una gran noticia á aquellos de nuestros lectores que se interesan en los acontecimientos del mundo lírico : Meyerbeer que ha estado en París esta semana, se ha resuelto por fin á entregar á la empresa de la Opera la que llaman su obra capital, y que hace unos diez años tenia prometida : la *Africana*.

No es decir por decir : hace diez años que esta ópera está compuesta, todos lo aseguran, y muchos han tenido el placer de oír algunas piezas, por lo cual se ha podido calificar ya de obra maestra en los círculos de los inteligentes. Ahora lo que no sabemos es cuándo se pondrá en escena, pues este invierno pertenece á otro alemán, M. Ricardo Wagner, que está dirigiendo los ensayos de su *Tanhausser*. Tambien se dice que la *Africana* cambiará su nombre, y se titulará *Vasco de Gama*.

MARIANO URRABIETA

La luna y el mar.

BALADA.

Era una noche callada

Y estrellada :

Noche de paz y de amor :

Todo en la tierra dormia...

Ni aun se oia

El suspiro de la flor.

Y era estío : las estrellas

Puras, bellas,

Reflejaban en el mar :

Y la luna candorosa

Y amorosa

Iba el agua á acariciar.

El mar, su seno agitando,

Gimió, alzando

Triste acento en ronco son :

Y la luna enamorada

Y callada

Le escuchó con afliccion.

EL MAR.

¿Porqué en tu rostro hermoso, ingrata, no reflejas

Las hondas emociones de mi voraz pasion?

¿Porqué en tus dulces ojos, jamás mirar me dejas

El fuego que yo exhalo en mi potente son?

Responde, Diana mia : ¿acaso ya no me amas?

¿De amor tu juramento mentira solo fué?

¿Porqué con voz amante jamás á tí me llamas?

¿Porqué con rostro frio desdeñas ya mi fe?

¡Ah! ¡Teme mis furores! ¡Yo puedo en rudo empuje

Tu diáfano palacio de nubes escalar!...

Escucha amedrentada mi pecho cómo ruge

Y tiembla, que en mis antros te voy á sepultar.

LA LUNA.

Cesa ya en tus furores

Y no me ultrajes,

Que mi amor es eterno,

Cual mis pesares.

¡Sí, que celosa

Vivo de aquella estrella

Que brilla hermosa!

Al espirar el dia,

Se me adelanta,

Y en el tendido cielo

Su faz levanta.

Y allí arrogante

Y atrevida escarnece

Mi pena amante.

En tus ondas verdosas

Su luz retrata,

Aunque las embellezca

Mi luz de plata.

¡Y en su locura

Compara sus fulgores

Con mi hermosura.

¡Oh, sí! ¡Yo tengo celos,

Mar, de esa estrella!

Si ella mas que yo vale,

Amala á ella.

O dame entero

Todo el cariño tuyo,

O no le quiero.

Acalló el mar sus furores,

Al escuchar á la luna

Quejarse por sus amores :

Y nunca ya los fulgores

Admite de estrella alguna.

Solo la luna su lumbré

Quiebra en sus ondas saladas :

Y en la celeste techumbre,

Damas de su servidumbre

Son las estrellas doradas.

En soberana erigida

Desde aquella noche fué

La blanca luna affigida;

Y por su queja sentida,
El mar la volvió su fe.

Fe tan pura y tan constante,
Que cuando empieza á bramar
Su corazón de gigante,
Sonríe la luna amante,
Y cobra el sosiego el mar.

MARIA DEL PILAR SINUES DE MARCO.

La aurora.

Te estoy contemplando, aurora,
Brillar sobre el horizonte,
Y tu lumbre me enamora,
Cuando lejana colora
La oscura cumbre del monte.

Pero ¡ ay ! en mi pensamiento
Se agita la incertidumbre,
Martirio traidor y lento
Que torna el mejor contento
En amarga pesadumbre.

Bello es ver tu resplandor;
Pero el rayo encantador
Con que bañas la llanura,
¿Será nuncio de ventura,
O presagio de dolor?

¿Quién lo sabe? El sol luciente
Muestra su puro arrebol,
Y mi corazón presiente
Que no alumbrará mi frente
Muchos años ese sol.

Aurora, tú que me viste
Lleno un tiempo de alegría,
¿Porqué me encuentras hoy triste?
¿Porqué sufre el alma mía
Penas que no conociste?

¿Te acuerdas de aquellas horas
Tranquilas y seductoras,
En que á la orilla del mar
Tus tintas encantadoras
Me mostrabas al rayar?

Yo te ví romper las brumas,
Y á tu brillo parecían
Del hondo mar las espumas,
Cisnes de nevadas plumas,
Que en las ondas se mecían.

Horas que perdidas lloro,
Y que nunca han de volver;
Recuerdos que loco adoro,
Porque ellos son el tesoro
De mis sueños de placer.

¿Dónde fué vuestra hermosura?
¿Porqué, en lugar de ventura,
Me da el alba, al despuntar,
Horas de eterna amargura,
Horas de eterno pesar?

¿Porqué mi mente indecisa
Vaga en pos de una ilusión?
¿Porqué huyeron tan aprisa
De mi labio la sonrisa,
La paz de mi corazón?

Tú no lo sabes, aurora:
Tu brillo tranquilo dora
El sonrosado horizonte,
Y tu reflejo colora
La oscura cumbre del monte.

Tú elevas indiferente,
Hermosa aurora, tu luz,
Y aguardas tranquilamente,
Que la noche tristemente
Te envuelva con su capuz.

Yo, en la aurora de mi vida,
Ví su luz apetecida
Sobre mi frente brillar,
Y hoy la miro oscurecida
Por la noche del pesar.

¡Noche eterna, cuyo cielo
Ninguna estrella alumbró;
A través de cuyo velo
Sueña el alma en su desvelo
Ver la dicha que perdió!

.....

Por eso tus tintes rojos
No me causan alegría:
Por eso lloran mis ojos

Lágrimas que son despojos,
Aurora, del alma mía.

Por eso al rayo que lanza
Perdiéndose en lontananza,
Tu pasajero esplendor,
Despiertas de mi esperanza
Cien recuerdos de dolor.

Y por eso vengo á verte,
Aunque renueves mi herida,
Pues quiero ver si por suerte,
Es la aurora de tu vida
Crepúsculo de mi muerte.

MANUEL DEL PALACIO.

A una rosa.

¡Pura y fragante rosa
De encantos miles!
¡La mas vistosa gala
De mis pensiles!
¿Porqué tu manto
De esmeraldas y púrpura
Cubres de llanto?

Si eres la flor mas gaya
De cuantas cria
El delicioso suelo
De Andalucía.
¿Porqué esa pena,
Y ese dolor profundo
Que te enajena?

¿Lloras porque la fresca
Rosa vecina,
A la esponjada tierra
Su tallo inclina;
Y son sus galas
Esas hojas que el viento
Lleva en sus alas?...

Si en tu delirio loco
Te has figurado
Que es eterna la vida
De lo criado,
¡No olvides, Rosa,
Que siento á tu belleza
Labrar la fosa!

Eres de los jardines
La mas galana,
Y acaso tu hermosura
Muera mañana:
Porque el destino
De la muerte, en la vida
Halla el camino.

Si causa tus pesares,
¡Reina del huerto!
La nacarada rosa
Que ayer ha muerto,
¡Lega al olvido
Del muerto la memoria!
¡Llora al nacido!

Y si seguir intentas,
Rosa inocente,
Al corazón humano
En su corriente...
No tengas penas,
Y rie tus desgracias
Y las ajenas.

Si yo hubiera llorado
En mis enojos,
De llorar estuvieran
Secos mis ojos.
Por eso rio,
A mas de los ajenos
Del pesar mio.

M. MARTOS RUBIO.

Despedida.

A....

Zagala de ojos azules,
Depon tus desdenes ya,
Que el pastor que te adoraba,
Cual nadie supo adorar.

Al venir la nueva aurora,
Con su rebaño se va,
En busca de nuevos campos
Y nueva felicidad.

Sal, zagala, á despedirme,
A darme la mano sal;
Que poco da al que se aleja,
Quien solo la mano da.

No temas que al estrecharla
Asume el llanto á mi faz;
Aborrecido, se llora;
Desengañado, jamás.

Porque lo está mi cariño,
Me alejaré, sin llorar
La ventura que me quitas,
Y la leccion que me das.

Ya nunca mas he de verte,
Ya juntos no nos verán,
Ni ya te daré en la iglesia
Agua bendita, al entrar.

Al camino de la aldea
¿Para qué he de salir ya,
Si son muros tus desdenes
Que yo no puedo asaltar?

Quédate con Dios, zagala,
Zagala, quédate en paz,
Que el que lloró aborrecido,
Desengañado se va.

Mas si pasados tres lustros,
Hace aprisco en tu heredad
Zagal de rubios cabellos
Y de gentil ademan,

Las puertas de tu cabaña
Abrele de par en par;
Dale un asiento á tu mesa
Y parte con él tu pan;

Que el zagal que así recibas,
Hijo del amor será,
Que muerto en tu hogar de pena,
Fué á renacer á otro hogar.

J. JOAQUIN VILLANUEVA.

El primer canto del ruiseñor.

¿Oyes el dulce concierto
Que anuncia la luz del día?
Deja tu lecho de flores
Y vamos juntos, Felina,
Por la márgen del arroyo
Que al espeso bosque guia.
Que allí, cuando nace el sol,
Auras de amor se respiran,
Y allí sabrás lo que siento
Sin que el labio te lo diga.

En los alegres murmurios
De la fuente cristalina,
En esos puros acentos
Y esas dulces armonías,
¿No hallas algo que revela
Lo que el alma no se explica?

¡Oh! ya el tierno ruiseñor
Desde la enramada umbría
Saluda al astro naciente,
Con aquella voz sencilla
Con que los cantos modula
De su amor y su alegría.

Ya suavemente gorgea,
Ya sube su acento y trina,
Ya calla y aliento cobra
Y en variado torno silba.

Vuela luego hácia la fuente,
Se baña en sus aguas limpias,
Y á repetir va su canto
En la enramada vecina.
Y esos primeros acentos
Que escuchamos con delicia,
Son los de un alma que encuentra
El amor por que suspira.

Por eso al nacer la aurora
Vengo á tu lado, Felina;
Y si no ves en mis ojos
Lo que siente el alma mía,
Deja que en su dulce canto
El ruiseñor te lo diga.

EDUARDO BUSTILLO.

UNA HISTORIA INGLESA.

PRIMERA PARTE.

(Continuacion.)

— Phineas, no te conviene reir mucho, y es hora de que ese muchacho se vaya á sus quehaceres.
— Mira, Jael, déjanos en paz.

— No tiene razon, exclamó el muchacho levantándose; y toda su alegría dió lugar al punto en su ser-biante á aquella expresion de gravedad precoz debida sin duda á una terrible experiencia de la vida. He pasado unas horas siendo feliz; os doy gracias con todo mi corazon y os dejo.

Pero yo no podia resolverme á permitir que se marchara, al menos antes del regreso de mi padre. El plan que yo me proponia someterle se apoderaba mas y mas de mi espíritu. Seguramente mi padre no me lo negaría á mi, su hijo único, enfermo y postrado, privado ya de los goces mas ordinarios de la vida.

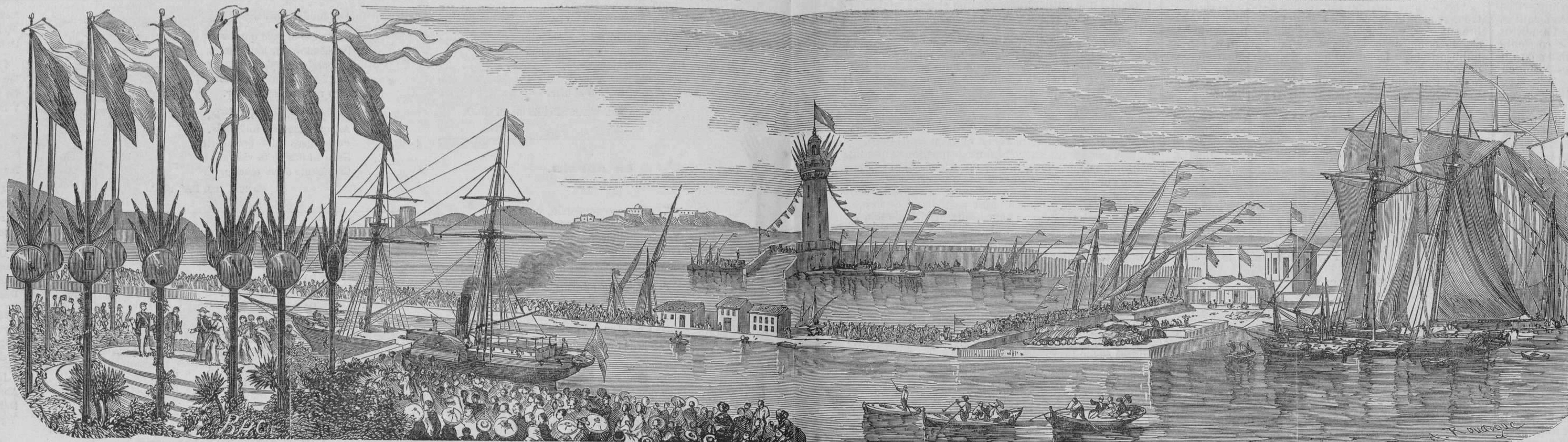
— ¿Porqué quieres marcharte? pregunté á John. No tienes trabajo.

— Es verdad; pero quisiera tenerlo y voy á buscarlo.

— ¿De qué modo?

— Aceptando todo cuanto se presente; nunca he mendigado, ni me ha faltado pan, aunque á veces haya tenido hambre. En cuanto á ropa, es diferente, añadió echando una mirada á sus vestidos usados; ¡cuánto lo sentiría *ella* que siempre me tenia tan limpio!

En el tono con que pronunció este *ella* comprendí que queria hablar de su madre, en lo cual al



DESEMBARCO DE SS. MM. EN EL PUERTO DE LA JOLLIETTE, EN MARSELLA, DESPUES DE SU PASEO A BORDO DEL CEPHISE.

menos el huérfano me llevaba ventaja: yo nunca conocía la mia.

— Vamos, valor, le dije bien resuelto á no aceptar ninguna negativa por parte de mi padre; no sabemos lo que puede suceder.

— ¡Oh! No tengo miedo, repuso alzando su rizada cabeza.

Se acercó á la ventana y miró al cielo azul con su mirada franca y suave.

— John, ¿sabes que te pareces mucho á uno de mis héroes favoritos, Dick Whittington? ¿Has oído hablar de él alguna vez?

— Nunca.

— Vamos al jardin y oiremos luego el repique de las campanas de la abadia, que me recuerdan las de la leyenda; nos sentaremos y te contaré la historia verdadera y singular de Ricardo Whittington.

Y me levanté buscando con los ojos mis muletas. John me las puso en la mano con aire grave y compasivo.

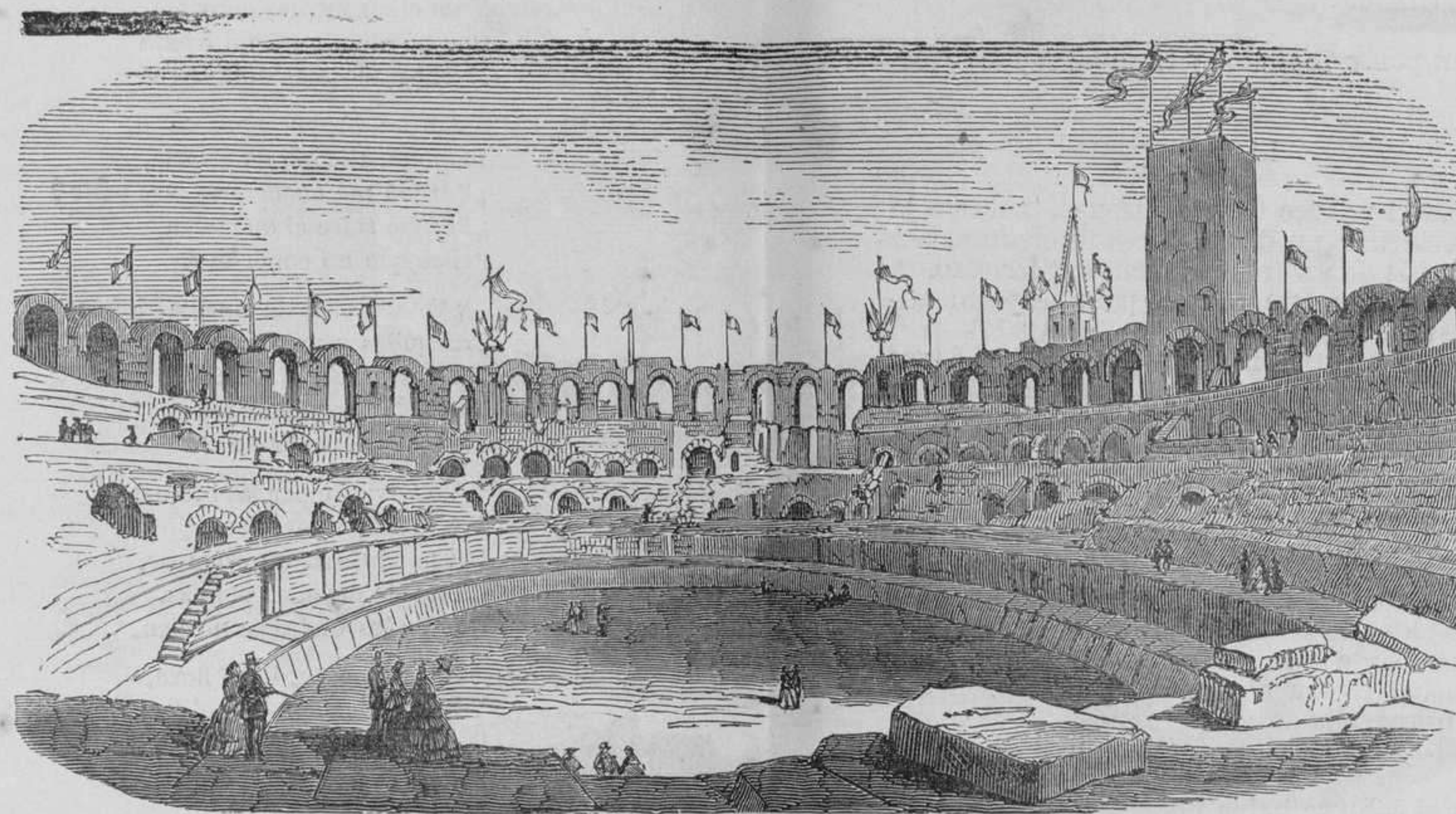
— Tú no necesitas estos palitroques, le dije procurando reir, pues me avergonzaba de tener que usar muletas.

— Tampoco vos las necesitareis siempre.

— Puede ser: el doctor Jessop no está seguro de ello. Pero de todos modos yo no he de vivir mucho...



EL EMPERADOR Y LA EMPERATRIZ RECIBIDOS EN EL DESEMBARCADERO DE TOLON POR EL ALCALDE QUE LES PRESENTA LAS LLAVES DE LA CIUDAD.



EL ANFITEATRO DE ARLES.



EL VICE-ALMIRANTE PREFECTO MARITIMO PRESENTANDO LAS LLAVES DEL ARSENAL A S. M. EL EMPERADOR.

Esta idea; Dios me lo perdone! era mi último y mi mayor consuelo.

John me miró conmovido, pero no pronunció una palabra. Yo pasé adelante, y él me siguió por el largo corredor que conducía á la puerta del jardin; al llegar allí me detuve muy cansado.

John Halifax me puso la mano en el hombro con dulzura.

— Creo que os podria llevar en brazos; una vez he llevado un costal de harina.

A estas palabras me eché á reir, y esto era quizá lo que él deseaba; consentí y me llevó por la alameda de la cuesta. Ambos estábamos muy alegres, y aunque tuviera yo mas edad, me sentia casi como un niño á su lado.

— Llévame, si quieres, á ese cenador para ver el rio, le dije. — Y ahora, ¿qué te parece nuestro jardin?

No se habia quedado extasiado como yo me figuraba; pero miró atentamente en torno suyo, mientras una expresion de tranquila satisfaccion se pintaba en toda su fisonomia.

Nuestro jardin era en efecto hermoso con su fresco cesped rodeado de flores. Mas lejos un cercado le separaba de la huerta de frutas y hortalizas, orgullo de mi buen padre.

En otro tiempo cuando yo estaba débil para andar, me arrastraba con delicia por aquel césped esmaltado de margaritas. Una ancha

calle de árboles, el rio y una pared elevada establecian por todos lados una barrera inexpugnable entre el mundo exterior y aquella apacible residencia.

— ¿Hace mucho tiempo que vivis aquí? preguntó John.

— Desde mi nacimiento.

— ¡Ah! es precioso todo esto, exclamó con tristeza. ¿Qué grande es ese césped! Si no estuviera un poco cansado, le mediria.

— ¿Cómo! ¿Y has querido traerme en brazos?

— ¡Oh! No es nada; otras veces he andado mas que hoy; sin embargo, esta mañana he corrido mucho.

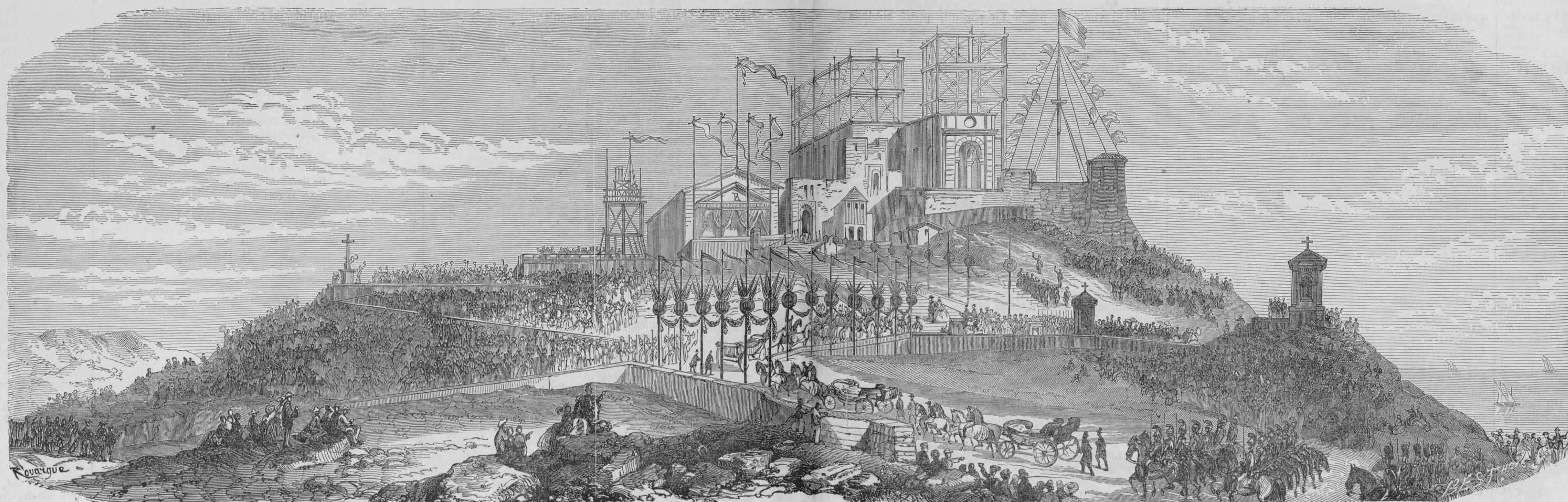
— ¿De dónde has venido pues?

— De la falda de las colinas que se distinguen allá lejos. He olvidado cómo las llaman. Otras mas altas he visto; pero esas son bastante escarpadas, y sobre todo muy frias cuando se está en ellas guardando carneros. A cierta distancia producen un efecto agradable. ¡Qué hermosa vista se disfruta aquí!

Muy hermosa en verdad; á mí siempre me habia parecido; pero hoy que tenia con quien hablar, me parecia mejor aun.

Dejadme describir este primero y único paisaje, este fresco y risueño cuadro de los dias de mi adolescencia.

Al extremo del cenador de verdura, la pared que nos separaba del rio, habia sido cortada á instancia mia, de modo que formaba



EL EMPERADOR Y LA EMPERATRIZ DIRIGIENDOSE Á NUESTRA SEÑORA DE LA GUARDA DE MARSELLA PARA ASISTIR AL SERVICIO DIVINO. (Véase nuestro número anterior.)

un asiento como el de la reina María en Stirling, cuya descripción había leído yo en mis libros. Desde allí se abrazaba una gran extensión de territorio. A nuestros pies el Avon, el Avon de Shakspeare, de corriente suave y lenta, pero que á veces se transformaba en un torrente rápido y espumoso como habíamos visto en Norton-Bury.

En aquel instante corría sereno contentándose con hacer mover la rueda de un molino.

Sobre la orilla opuesta se desarrollaba un inmenso prado llamado el Ham donde pastaba ganado de toda especie. Mas allá otro río formaba un semi-círculo en torno de aquel verdoso llano; pero la corriente era tan baja que no se podía ver desde el sitio en donde estábamos nosotros. Únicamente se podía seguir su curso gracias á unas velitas blancas que aparecían y desaparecían por entre los árboles.

Estas velas llamaron la atención de John.

— Pasan embarcaciones, me dijo; ¿hay agua pues?

— Seguramente, sin eso no habría velas. Es el Sa-verne, aunque desde aquí no puede distinguirse, y es bastante profundo. Apenas se creería mirando desde aquí, pero se ensancha luego y se convierte en un río majestuoso antes de llegar á King's-Road para formar el canal de Bristol.

— ¡Oh! ya lo he visto, exclamó John con aire alegre; me gusta mucho ese río.

Y permaneció un rato mirando. Entonces observé yo por primera vez en sus ojos una expresión pensativa que les hacía brillar con una hermosura casi divina.

De repente se oyeron las campanas; John se estremeció.

— ¿Qué es eso?

— ¡Din, ding, don, Whittington, alcalde London! respondí yo cantando sobre el tono de las campanas; pero esta historia que yo había prometido, me pareció de repente tan ordinaria, y el título de alcalde tan poco digno de ambición, que no sentí haber olvidado contarla. Me contenté con señalarle el viejo torreón de la abadía que se elevaba á poca distancia.

— Este jardín perteneció sin duda á la abadía en otro tiempo, exclamé; la huerta es tan hermosa. Me inclino á creer que la plantaron los frailes, que son aficionados á la buena fruta.

— ¿De veras? repuso John con un tono que probaba que no había comprendido bien el sentido de mis palabras.

Temiendo que no se figurase que yo quería hacer ostentación de mi saber, añadí:

— Los frailes eran amigos de todas las cosas campestres.

— ¿Pensais que ellos hayan plantado ese cercado de tejos?

Y fué á examinarle.

Ahora bien, nuestro cercado de tejos era célebre; no tenía rival en toda la comarca.

Tenia sobre quince pies de altura y otro tanto de grueso. Los siglos y los cuidados del hombre habían hecho de él una valla compacta de un verde oscuro, tan sólida y tan impenetrable como una pared.

John tocó el cercado por muchas partes, miró á través de cada intersticio, se apoyó con toda su fuerza en las ramas entrelazadas, pero resistieron á sus esfuerzos. Por fin se llegó á mí con un rostro mas animado.

— ¿Qué hacías? le pregunté; ¿querías pasar por entre el cercado?

— Quería ver si podía.

Yo me encogí de hombros.

— ¿Qué harías si estuvieras encerrado aquí y tuvieras que saltar el cercado? No podrías hacerlo.

— Ya lo sé; eso es imposible.

— ¿Entonces tendrías que renunciar?

Se sonrió, pero con un aire que indicaba que no perdería tan pronto su valor.

— Voy á deciros lo que haría. Principiaría por romper una por una las ramas del cercado hasta que hubiese practicado una abertura, y por ella me escaparía.

— Está muy bien, guapo mozo; pero ahora yo te suplico que no hagas semejante experiencia en mi cercado.

Era mi padre que estaba detrás de nosotros sin que hubiéramos advertido su llegada.

Ambos estábamos un poco confusos, aunque mi padre no tuviese el aire descontento.

— ¿Con que de ese modo te gobiernas tú para vencer las dificultades, amigo mio? ¿Cómo te llamas?

Yo me encargué de la respuesta, pues á la vista de Abel Fletcher John pareció haber perdido de repente su alegre animación.

Mi padre se sentó á mi lado, y apoyándose con ambas manos sobre su bastón, se puso á examinar á John Halifax de pies á cabeza.

— ¿No me has dicho que buscabas trabajo? Bien veo que lo necesitas.

La mirada que echó á los vestidos de John hizo que el pobre jóven se pusiera muy encarnado.

— ¡Oh! No te avergüences; hombres muy grandes se han visto peor que tú. ¿Tienes dinero?

— Tengo la moneda de cuatro pence que me habéis dado, ó que he ganado. Nunca tomo dinero sin ganarlo, añade el jóven metiéndose la mano en sus bolsillos vacíos.

— No tengas miedo, no voy á darte nada... acepto sin embargo... ¿quieres trabajo?

— ¡Ay, señor!

— ¡Ay, padre mio!

Difícil me sería decir cuál de estas dos exclamaciones ebosaba mas gratitud.

Abel Fletcher pareció sorprenderse, pero no se mostró descontento. Se caló su sombrero de alas anchas sobre sus ojos, y se puso á reflexionar un momento haciendo círculos en la tierra con su bastón. El rumor público decía, y Jael me lo había descubierto en un momento de cólera, que el rico cuáker había venido á Norton-Bury sin un chelín en el bolsillo.

— Y bien, ¿en qué sabes trabajar, mozuelo?

— En todo, respondió John con presteza.

— Eso quiere decir en nada, repuso secamente mi padre; ¿qué has hecho en todo el año?... pero dime la verdad.

Los ojos de John chispearon, pero la mirada que yo le arrojé pareció calmarle.

Sin embargo, contestó respetuosamente:

— He pasado toda la primavera en casa de un labrador, guiando los caballos de la carreta y cuidando hortalizas; luego he ido á las colinas á guardar ganado. En junio he querido segar, pero cogí unas calenturas... ¡Oh! nada temais, estoy bueno hace mes y medio, sin lo cual no me hallaría al lado de vuestro hijo. Despues...

— Basta, estoy satisfecho.

— Gracias, señor.

— No tienes que llamarme señor: ese título es absurdo; me llamo Abel Fletcher.

Mi padre observaba escrupulosamente la fraseología puritana de los cuákeros, aunque era no mas que un miembro poco celoso de la Sociedad de los amigos y se hubiese casado fuera de su secta. Creo que había mas orgullo que humildad en su manera de recordar su nombre.

— Muy bien, me acordaré, respondió el jóven reprimiendo una ligera sonrisa. Aceptaré con gratitud el trabajo que me queráis dar.

— Lo veremos.

Yo miré á mi padre con gratitud y esperanza, pero sus primeras palabras modificaron considerablemente el gusto que me había dado.

— Phineas, me dijo, uno de los obreros de mi tenería ha sentado plaza; ha dejado un buen oficio para convertirse en un matachin asalariado. Desearía encontrar un muchacho bastante jóven para que el sargento encargado del reclutamiento no me le coja en la taberna... ¿piensas que este sea capaz de ocupar su puesto?...

— ¿El puesto de quién?

— De Bill Watkins.

Me quedé atónito. Había visto algunas veces á Bill Watkins, cuyo empleo consistía en ir á buscar las pieles que mi padre compraba en el país. Le recordaba con su carro del que colgaban los sangrientos despojos de los animales muertos en tanto que Bill, con los vestidos sucios, las manos mas sucias aun y la pipa en la boca, se pavoneaba en el carro.

Ahora bien, me era muy desagradable representarme á John Halifax en la misma posición.

— ¡Padre mio!... exclamé yo.

Mi padre comprendió mi mirada. Sabía muy bien que yo detestaba la tenería y todo lo que dependía de ella.

— Eres un loco, exclamó, y ese muchacho es otro loco; que se marche.

— Pero, padre mio... ¿no habría otra cosa?

— No, y si yo la tuviera no se la daría; el que no quiere trabajar no debe comer.

— Yo quiero trabajar, dijo el muchacho que nos había escuchado sin comprendernos; quiero trabajar sea en lo que quiera, con tal que el oficio sea honrado.

Abel Fletcher se dulcificó; me volvió la espalda, lo que me era indiferente, y dijo á John Halifax:

— ¿Sabes guiar un carruaje?

— Sí.

Y los ojos de John brillaron de júbilo.

— Es una carreta, la de las pieles; ¿no sabes nada del oficio de curtidor?

— No, pero puedo aprender.

— Despacio... es decir, mas vale de prisa que despacio. Entre tanto, podrás guiar la carreta.

— Gracias... Abel Fletcher; cumpliré con mi obligación lo mejor que pueda.

— Y acuérdate que no quiero que te detengas en el camino; nada de tabernas donde encontrarás el maldito chelín del rey en el fondo del vaso como el pobre Bill, y luego tendré yo á su madre en mi persecución llorando y gimiendo... ¿Aun tienes madre?... tanto mejor; todas las mujeres son algo locas, sobre todo las madres.

— ¡Señor!...

Y el rostro del pobre jóven se puso como la grana; la voz le faltó y con trabajo pudo contener sus lágrimas.

Este dominio sobre sí mismo era quizá mas conmovedor que las mismas lágrimas; por lo menos enterneció á mi padre.

Al cabo de algunos minutos de silencio durante los cuales su bastón había abierto un hoyo en la tierra para enterrar un guijarro, Abel Fletcher repuso con un tono mas amistoso:

— Pues bien, te tomo á mi servicio, aunque no me sucede á menudo el tomar á nadie sin un certificado de buena conducta. ¿Supongo que no le tienes?

— No, respondió John, en tanto que su mirada franca y abierta desmentía, digámoslo así, su contestación; á mi juicio, la honradez que se pintaba en su semblante era el mejor certificado.

— Está corriente, añadió mi padre concluyendo el asunto con mas prontitud de lo que acostumbraba, pues era hombre de mucha prudencia aun en las cosas mas insignificantes.

Se levantó, y sea que cediera á un movimiento de

bondad ó que quisiera mostrar que el trato estaba cerrado, ello es que tomó la mano de John y deslizo en ella un chelín.

— ¿Porqué este dinero?

— Para probarte que te tomo á mi servicio.

— ¡A vuestro servicio! repitió John con cierta altanería; ¡ah! sí, ya entiendo... Está bien; trataré de servirlos á vuestro gusto.

Mi padre no observó la sonrisa varonil é independiente de John.

Se hallaba demasiado ocupado en calcular cuántos chelines necesitaria para hacer el justo equivalente de los servicios de un mozuelo mucho mas jóven que Bill Watkins. Despues de maduras reflexiones fijó la suma, olvido cuál era, pero seguramente no sería considerable, pues en aquellos tiempos de guerra el dinero escaseaba, y luego mi digno padre participaba de la opinión general entonces, á saber, que la abundancia no era buena para las clases trabajadoras, y que era preciso que no salieran de su rango.

Una vez terminada la cuestión del salario, en la que John no había tomado parte, mi padre nos dejó, pero volviendo sobre sus pasos añadió:

— Me has dicho que no tenias dinero, y te adelanto una semana; mi hijo es testigo de que te pago. Te daré despues un chelín menos cada semana hasta que nos pongamos al corriente.

— Muy bien, muchas gracias, respondió John quitándose el sombrero.

Abel Fletcher tocó casi involuntariamente el suyo y se alejó dejándonos á nosotros en el jardín.

Entonces estreché la mano de John por la primera vez. El jóven estaba en pié, pensativo, delante de mí, y yo murmuré:

— Estoy contento.

— Y yo tambien, dijo en voz baja.

Y despues recobrando toda su alegría arrojó al aire su sombrero gritando:

— ¡Hurra!

Y yo con mi pobre voz débil y trémula repetí:

— ¡Hurra!

III.

En mi juventud y largo tiempo despues, tenia yo la costumbre de escribir un diario, tarea interrumpida á veces por las crisis de mi temperamento enfermizo. A ese diario y á mi memoria recurro para los pormenores de esta historia.

Muchos dias trascurrieron antes que volviese á ver á John Halifax y aun á pensar en él. Me hallaba en uno de esos períodos en los cuales me era imposible trasladar mi pensamiento fuera de las cuatro paredes de la habitación, y los dias y las noches pasaban lentamente para mí, sin otro cambio que el de la luz del dia al de la lámpara.

Por fin, calmados mis dolores, se despertó en mí el recuerdo de la dulce vision que había venido á proyectar un rayo de alegría en mi triste existencia. Me pareció ver la radiante fisonomía de aquel adolescente dispuesto á luchar contra el mundo, y me pareció oír aquella voz impregnada de suave conmiseración cuando me hablaba, pero no de esa conmiseración que ofende.

Quise saber si John se había informado de mi salud, y á esta pregunta Jael respondió que creía que sí, pero que no estaba segura de ello, que no se rompía la cabeza pensando en tales personajes, etc.

— ¿Si vuelve á preguntar por mí, podrá subir á verme? pregunté.

— No.

Yo estaba aun demasiado débil para luchar con Jael. Me contenté pues con pensar á menudo en John Halifax, pero ni hablé de él ni manifesté deseos de verle, aunque su vista me había devuelto la vida.

Por fin recobré bastante salud y libertad para no depender exclusivamente de Jael.

Era un dia de mercado, Jael estaba ausente, y bajé con precaución. Una mañana de otoño tan suave como un dia de primavera animó á un jilguero á dejar el claro follaje de los árboles de la abadía para venirme á cantar su alegre canción.

Yo abrí la ventana para oírle bien, mientras temblaba que me sorprendiera Jael cuya voz aguda resonaba al otro extremo de la casa.

Mi pajarillo había suspendido su alegre concierto, y yo me entretenía en observar un objeto de color de escarlata que flotaba á lo lejos en el camino. Nuestra casa, situada en la extremidad de Norton-Bury, se encontraba en los límites del campo.

En breve descubrí que era el capote de una jóven y rica labradora, sentada en su carro al lado de su alegre esposo. Parecía muy satisfecha de sí misma, y las gentes del mercado se volvían á mirarla, pues su traje era entonces una novedad, y muchas de aquellas personas pensaban sin duda como yo que el rojo escarlata era mas bonito que el color pardo usado generalmente.

Detrás de aquel carro iba otro que yo no había distinguido desde luego, ocupado como lo estaba en contemplar el rostro risueño de la labradora. Este era guiado por un jóven á quien el labrador saludó de buen humor en tanto que su esposa volvía la cabeza con aire desdenoso.

— ¡Lo que es el orgullo! pensaba yo.

Y observaba atentamente los dos carros.

El segundo trató, no sin dificultad, de pasar de frente con el primero; y despues logró pasarle, lo que incomodó á la labradora; por último, el jóven se volvió, se

mitió el sombrero y saludó riéndose con toda franqueza.

Reconoció aquella risa y aquella cabeza graciosa adornada de rizos de cabello rubio. Pero ¡ay! también reconoció el carro donde estaban amontonados los pellejos de carnero.

— ¡John! ¡John! exclamé.

Pero él no me oía; su caballo se había asustado con el capote escarlata, y exigía una mano firme y diestra que le contuviera.

Por fin, lo hizo tan bien que el labrador aplaudió dando palmadas.

¡Pobre John Halifax! Su exterior era con poca diferencia como cuando yo le había visto por primera vez. Sus vestidos se hallaban quizá en peor estado, pues el otoño había sido muy lluvioso, según me había dicho Jael. ¡Pobre John! Sin embargo, no por eso contemplaba con menos gratitud el hermoso cielo azul de aquel día, y jamás la luz del cielo había alumbrado un rostro más satisfecho y más radiante.

Me asomé á la ventana, siguiéndole con los ojos á medida que se acercaba á nuestra casa. Me gustaba tanto verle, que no pensaba en preguntarme si me vería ó no.

Por fin alzó la cabeza.

Una sonrisa de agradable sorpresa se pintó en su rostro; pero luego cambiando de maneras, se quitó el sombrero y saludó respetuosamente al hijo de su amo.

Al pronto casi me piqué, pero luego conocí que debía respetar ese sentimiento que indicaba que John comprendía su propia posición, y que no quería ni ignorarla ni cambiarla: las demostraciones debían necesariamente proceder de mí. Iba á pasar adelante cuando exclamé:

— ¡John! ¡John!

— Sí, señor, ¡me alegro tanto al veros mejor!

— Espera un instante, voy á bajar.

Y me arrastré con mis muletas hasta la puerta de entrada olvidándolo todo, excepto el placer de verle, olvidando hasta el terror que me inspiraba Jael; pues qué habría dicho si me hubiese hallado á mí, Phineas Fletcher, hablando delante de la respetable casa de mi padre con el jóven vagabundo que él empleaba en acarrear pieles.

Pero rechazando todo temor, abrí la puerta.

— John, ¿dónde estas?

— Aquí estoy, señorito.

Se hallaba al pié del peristilo con las riendas en las manos.

— ¿Deseáis hablarme?

— Sí, sube, deja el carro, que no le hace nada.

Pero John no pensaba lo mismo. Llevó al terrible caballo bajo un árbol, le confió á la guarda de un chico, y luego, atravesando el espacio de un brinco, se encontró á mi lado.

— No contaba veros, me dijo; me respondieron ayer que estábais en la cama.

¡Había preguntado por mí!

— No deberíais estar á la puerta con este frío.

— ¡Oh! Hace calor, respondí yo mirando al sol y estremeciéndome.

— Os suplico que entreis.

— Bueno; pero has de entrar conmigo.

Consentí en ello; me tomé del brazo y me guió como un hermano mayor guía á un hermanito pequeño y doliente. Cuidado como siempre lo había estado yo, era sin embargo la primera vez de mi vida que comprendía la ternura, esa cualidad tan diferente de la bondad, del afecto ó de la benevolencia; cualidad que no puede existir más que en las naturalezas superiores, fuertes y poco demostrativas; cualidad que por consiguiente no se encuentra mucho en toda su perfección en los hombres.

— Me alegro mucho al veros mejor, me repetía con un tono que decía más que todas las palabras del mundo. — ¿Y cómo te ha ido en este tiempo? ¿Te gusta el oficio? Dímelo francamente.

Haciendo un gesto risueño me dijo con alegría:

— Cada cual debe tener afición al oficio que le da pan, el pan cotidiano, y es muchísimo para mí el no haber pasado hambre durante treinta días.

¡Pobre John! Yo puse mi mano sobre su puño fuerte y musculoso. El contraste quizá nos hizo sentir á los dos que los dones de la Providencia no se hallan tan injustamente repartidos como se suele creer algunas veces.

— Muy á menudo he deseado verte, John, ¿no podrías quedarte? Meneó la cabeza señalándome el carro. En el mismo instante distinguí á través de la puerta entreabierta á Jael, que volvía tranquilamente del mercado.

Esta vez si tuve tanto miedo no fué por mí; una descarga de palabras terribles iba á caer sobre nosotros, y no quería que la víctima fuera John.

— Vete á tu carro, John, quiero ver cómo guías; adios por el momento; ¿vas á la tenería?

— Sí, por todo el día de hoy, dijo haciendo un gesto que indicaba que aquella perspectiva no le era agradable, lo cual nada tenía de extraño.

— Esta tarde iré á verte.

— No, exclamó con sorpresa y alegría; no debeis... ¡Quiero ir.

¡Quiero! Me eché á reír al escucharme; ¿qué habría dicho Jael si me hubiese oído?

Llegó á tiempo para oír el saludo irónico y ceremonioso de John al mismo tiempo que se alejaba con su carro.

No recuerdo lo que me dijo aquella mujer; lo que sé

únicamente es que aquel ataque no tuvo el resultado de los demás, y que para emplear sus propias expresiones, su sermón me entró por un oído y me salió por otro.

Persistí en mirar hacia fuera hasta que perdí de vista los rubios rizos de John, y luego cerrando la puerta de entrada, me arrastré muy contento á mi cuarto.

Hasta la comida estuve tranquilo, y cuando mi padre volvió, me halló esperándole á la mesa en mi puesto acostumbrado.

— Mi padre se contentó con decirme:

— ¿Con que estás mejor, hijo mío?

Pero yo sabía cuánto se alegraba de mi mejoría. La prueba me la dió hablando mucho á la mesa, aunque sin dejar al tono grave y sentencioso que tenía con su hijo. Me repetió que el doctor Jessop acababa justamente de contarle á propósito de una niña á quien cuidaba, que en un momento de extravío se había cortado con un cuchillo peligrosamente.

— Que eso te sirva de lección, hijo mío; nunca te dejes arrastrar por la violencia de tus pasiones.

— ¡Pobre padre! dije para mí, ¡no hay peligro!

— En cuanto á la niña, continuó, me acuerdo muy bien de su padre; era un hombre violento. Phineas, toda su vida llevaré la infeliz la señal de la cortadura.

— ¡Pobre niña! dije yo distraído.

— No debes compadecerla; su espíritu de rebelión no está vencido aun, Jessop me ha dicho que Ursula...

— ¡Ah! ¿Se llama Ursula?

Y me acordé de la jovencita que había tratado de dar un pedazo de pan al pobre John Halifax, y del grito penetrante que habíamos oído en el momento en que la encerraban en la casa.

— Padre mío, dije cuando hubo acabado de hablar, ¿quisiera ir contigo esta tarde á la tenería?

Aquí Jael, que estaba quitando la mesa, se detuvo estupefacta de asombro.

— Abel... Abel Fletcher, exclamó, Phineas acaba de salir de la cama, y no se halla en estado de...

— Silencio, mujer, dijo secamente mi padre. ¿De veras te sientes con ánimo para salir, Phineas?

— Sí, deseo que me lleves contigo.

Abel Fletcher parecía estar contento; es verdad que siempre se alegraba cuando empleaba yo para hablarle el tuteo de los cuákeros. Yo no me había criado en el seno de esa sociedad; mi madre lo había pedido así en la hora de su muerte, y su marido había cumplido esta última voluntad, con tanta más razón cuanto que según decían no habían hecho un buen matrimonio. Pero á pesar de la conducta que hubiera podido observar con ella durante su corto enlace, Abel Fletcher era un buen padre para mí, y por él he tenido yo siempre mucha consideración á la sociedad de los Amigos.

— Hijo mío, exclamó despues de haber mandado á Jael que me ayudara á prepararme para salir, me gusta que te aficiones á los negocios; me prometo que un día, si recobras la salud...

— ¡Oh! todavía no, padre mío, respondí tristemente.

Sabia lo que quería decir. A mí me inspiraba horror la tenería, y á veces pasaba meses enteros sin acercarme á ella. Estaba seguro de que me sería totalmente imposible acceder á la voluntad de mi pobre padre, cuyo principal deseo era verme un día su socio y sucesor.

Nos encaminamos pues con bastante silencio por las calles de Norton-Bury; mi padre andando gravemente según su costumbre, y yo haciendo mover mi carricoche lo más cerca de él que me era posible.

Muchas personas nos miraban pasar; casi todo el mundo nos conocía, pero pocas, aun de la vecindad, nos saludaban, pues éramos cuákeros y no conformistas.

No había yo vuelto á la población desde el día que encontré por primera vez á John Halifax. La estación estaba ya muy adelantada; pero no hacía mal tiempo, todo parecía sonreír en mi derredor, hasta las estrechas callejuelas de Norton-Bury. Perdoneme esta localidad que los anticuarios consideran como un punto muy interesante; yo mismo he admirado algunas veces la elegancia de sus casas con pórticos salientes, cubiertos de ornatos arquitectónicos y ennegrecidos por el tiempo; pero en aquel instante me llamaba menos la atención la belleza pintoresca del antiguo pueblecillo, que la suciedad de sus calles y el ruido confuso de los telares de medias, los gritos de las mujeres y las disputas de los muchachos. En aquel barrio vivían en confusión centenares de pobres gentes amontonadas unas sobre otras, cubiertas de harapos y luchando con la miseria.

Me preguntaba yo si vivía allí también John Halifax.

La tenería de mi padre se hallaba situada en una calle estrecha á poca distancia de allí; ya lo conocía en las emanaciones.

Al entrar busqué á John entre los obreros.

John estaba sentado en un rincón bajo un cobertizo ayudando á dos ó tres mujeres á romper cortezas. Parecía muy ocupado en su labor, pero aun hallaba tiempo para arrojar un puñado de heno de cuando en cuando á la vieja yegua que daba vueltas al molino de la corteza. No hablaba con nadie, y nadie parecía fijar su atención en él.

Ni siquiera notó cuando pasamos á su lado.

Yo pregunté en voz baja á mi padre qué era lo que pensaba del pobre aprendiz.

— ¡Hum! Nada dicen contra él. ¿Deseas que te lleve? ¡Eh! muchacho... he olvidado tu nombre.

A este tono imperioso John Halifax se estremeció, pero al verme su rostro se puso risueño.

Mi padre se alejó para inspeccionar, según me dijo,

unos bueyes donde hacía una experiencia importante, á saber, cómo se podía curtir completamente una piel en cinco meses en vez de ocho.

— John, te necesito, le dije.

Salió de su montón de cortezas y se acercó á mí.

— ¿Puedo serviros en algo, señorito? me preguntó.

— No me llames señorito, le respondí; yo te llamo John; ¿porqué tú no me llamas Phineas?

Y le tendí la mano. La suya estaba manchada de casca.

— ¿No os da vergüenza tocar mi mano? me dijo.

— ¡Qué locura, John!

Arreglamos una vez por todas esta cuestión importante, y aunque John conservara siempre con respecto á mí cierto respeto, era más bien la deferencia natural del menor por el mayor, del más fuerte por el más débil, que el deber de un sirviente con respecto al hijo de su amo.

Yo prefería que fuera así.

Guió atentamente mi carricoche á través de aquellos hoyos abominables, hasta que llegamos al extremo del corral limitado en aquel punto por el Avon.

— Hé aquí un buen lugar para que descanséis, me dijo; si quereis salir del carricoche, puedo estableceros bien en un instante.

Yo consentí en ello.

John corrió á buscar una manta vieja de caballo que extendió sobre un montón de cortezas, y luego ayudándome á que me tendiera allí, me cubrió cuidadosamente con mi capa.

Tendido así, con mi sombrero caído sobre los ojos de modo que me permitiera ver la plateada cinta del Avon que corría á mis piés, y más allá la verde pradera del Ham cubierta de vacas, mi posición era á la verdad muy agradable.

Es cierto que la tenería no estaba más que á dos pasos; pero no incomodaba á ninguno de mis sentidos.

— ¿Estais á gusto, Phineas?

— Lo estaria del todo si quisieras sentarte á mi lado.

— ¿Y porqué no?

Y principiamos á hablar; yo le pregunté si le agradaba el oficio.

— Sí, dijo sonriendo, la tenería es mi palacio.

— Y no debe ser desagradable vivir en él.

— No, excepto cuando llueve. ¿Está lloviendo siempre en Norton-Bury?

— ¿Cómo puedes hablar así? le dije yo señalándole un hermoso cielo de otoño.

— Sí, ahora hace bueno, pero se levanta niebla en el Saverne, y eso anuncia que lloverá pronto. No podré disfrutar de mi corta noche de octubre.

— ¿Pasas las noches fuera? Es verdad que debe hacer mucho frío sobre ese montón de cortezas despues de puesto el sol.

— Sí, á veces. ¿Teneis frío ahora?... Puedo ir á buscar... Pero no tengo nada conveniente para cubriros, sino es esta manta.

Y me envolvió bien en ella.

— No he visto á nadie tan delgado como vos, continuó, estais más delgado que la última vez que os he visto; ¿habeis estado muy enfermo, Phineas?

Parecía que le interesaba tanto, que le expliqué cómo despues de mi nacimiento mi vida no era más que una sucesión de enfermedades, y que no podía tener esperanzas de mejorar en toda mi vida.

— ¡Oh! añadí angustiado al ver su pena, soy muy dichoso; tengo una buena casa, un buen padre, y creo haber encontrado la única cosa que me faltaba, un amigo.

John se sonrió, pero fué porque yo me sonreía. Ví que no me había comprendido. En la mayor parte de los caracteres enérgicos y reservados, hay cierta lentitud para recibir las impresiones, si bien es verdad que una vez recibidas, se quedan grabadas profundamente. Aunque yo era en todo lo contrario de John, justamente ese contraste me encantaba en él. Por consiguiente, no me resentí al ver la lentitud con que el jóven comprendía todo lo que era ya para mí, y todo lo que yo quería que fuese en lo sucesivo. El sonido de su voz, la expresión de sus ojos me decía que tenía uno de esos caracteres que son poco demostrativos, pero que revelan un fondo inagotable de sentimientos nobles; uno de esos caracteres sólidos con los cuales se puede contar en todo tiempo.

— Vamos, dije cambiando de asunto, basta de hablar de mí. ¿Cómo te encuentras con tu nueva vida, John? ¿Te acostumbras á este trabajo? Responde con franqueza.

Me miró de hito en hito, y luego metiéndose las manos en los bolsillos se puso á silbar.

— No eludas la pregunta, John; deseo saber la verdad.

(Se continuará.)

Expedición de China.

Las fuerzas aliadas de la expedición de China acaban de dar un paso adelante. — Dos bahías situadas la una al Sur y la otra al Norte del golfo de Pe-che-li, han sido ocupadas; la primera, la de Tchou-fu, por la flota y el cuerpo expedicionario francés; y la segunda, la de Ta-lien-whan, por los ingleses.

Hallándose enteramente desprovisto de bahías en todo su contorno el golfo de Pe-che-li, fué necesario ele-

gir dos puntos á la mayor proximidad posible, donde pudiesen hacerse en seguridad todos los preparativos de un desembarco considerable. Prévía una exploracion guiada por el contra almirante Protet se resolvió que los ingleses ocuparan Ta-lien-whan, en tanto que los franceses desembarcasen en Tche-fu; y con efecto, en junio último, el convoy inglés partía de Hong-Kong, casi al mismo tiempo que la escuadra francesa salía de Woog-Sung.

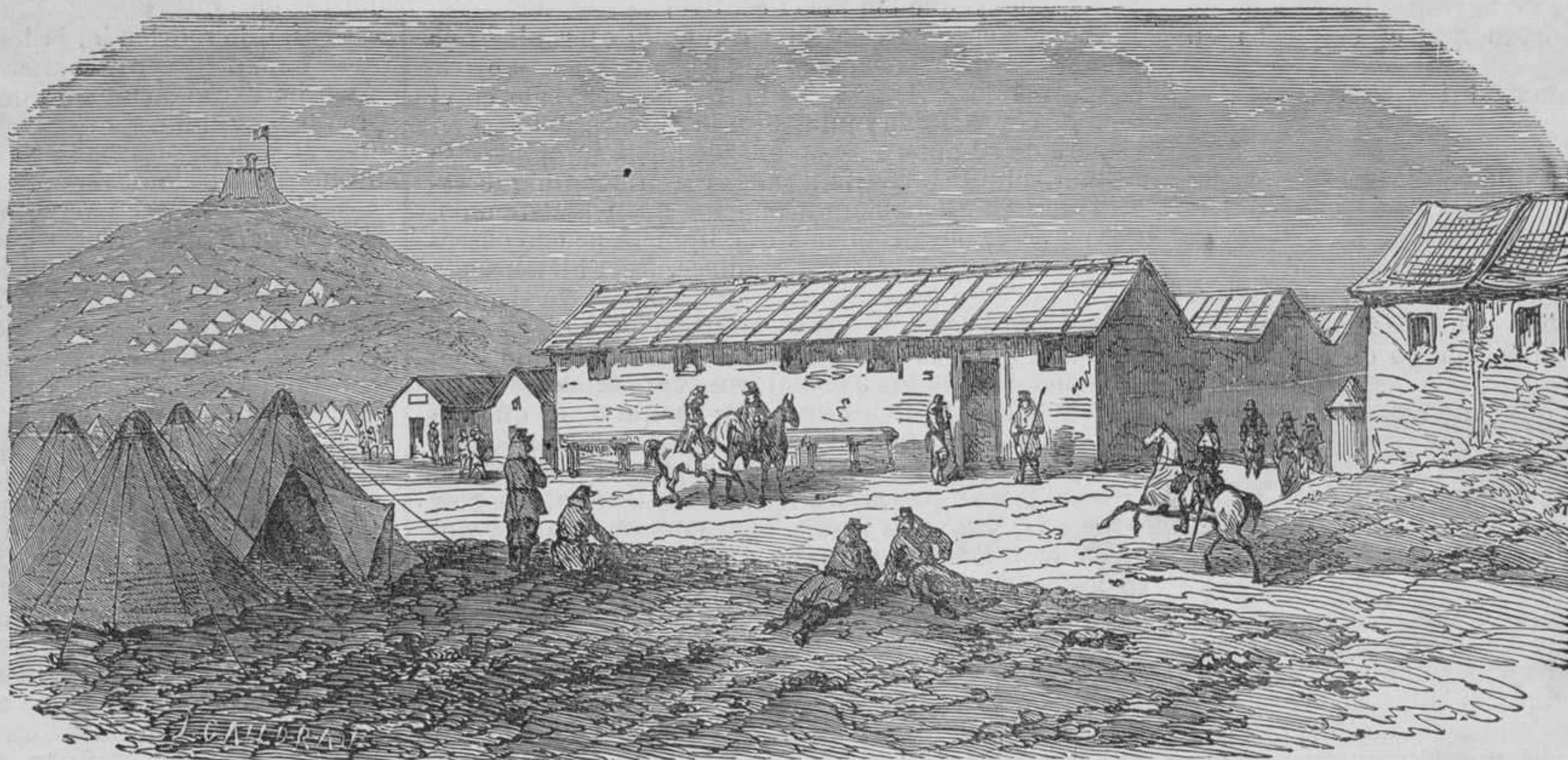
En el día franceses é ingleses se ocupan activamente de los preparativos; en Tche-fu, el cuerpo expedicionario ocupa las cercanías de la aldea de Yen-tai y el cerro que á proximidad de esta aldea se adelanta en el mar, magnífica posición militar como puede verse en nuestro dibujo, donde con algunas compañías se podría desafiar todo ataque; pero no hay que temer tal cosa aquí. No parece existir un soldado chino en toda la comarca; y los habitantes de las aldeas próximas, paci-



EXPEDICION DE CHINA. — LA PAGODA Y EL TEATRO DE TCHE-FU, RESIDENCIA DEL COMANDANTE DE PLAZA.

ficos labradores, solo desean vender sus productos. Un poco asustados al principio, se serenaron luego, y hoy abastecen copiosamente el campo y la flota de toda clase de víveres.

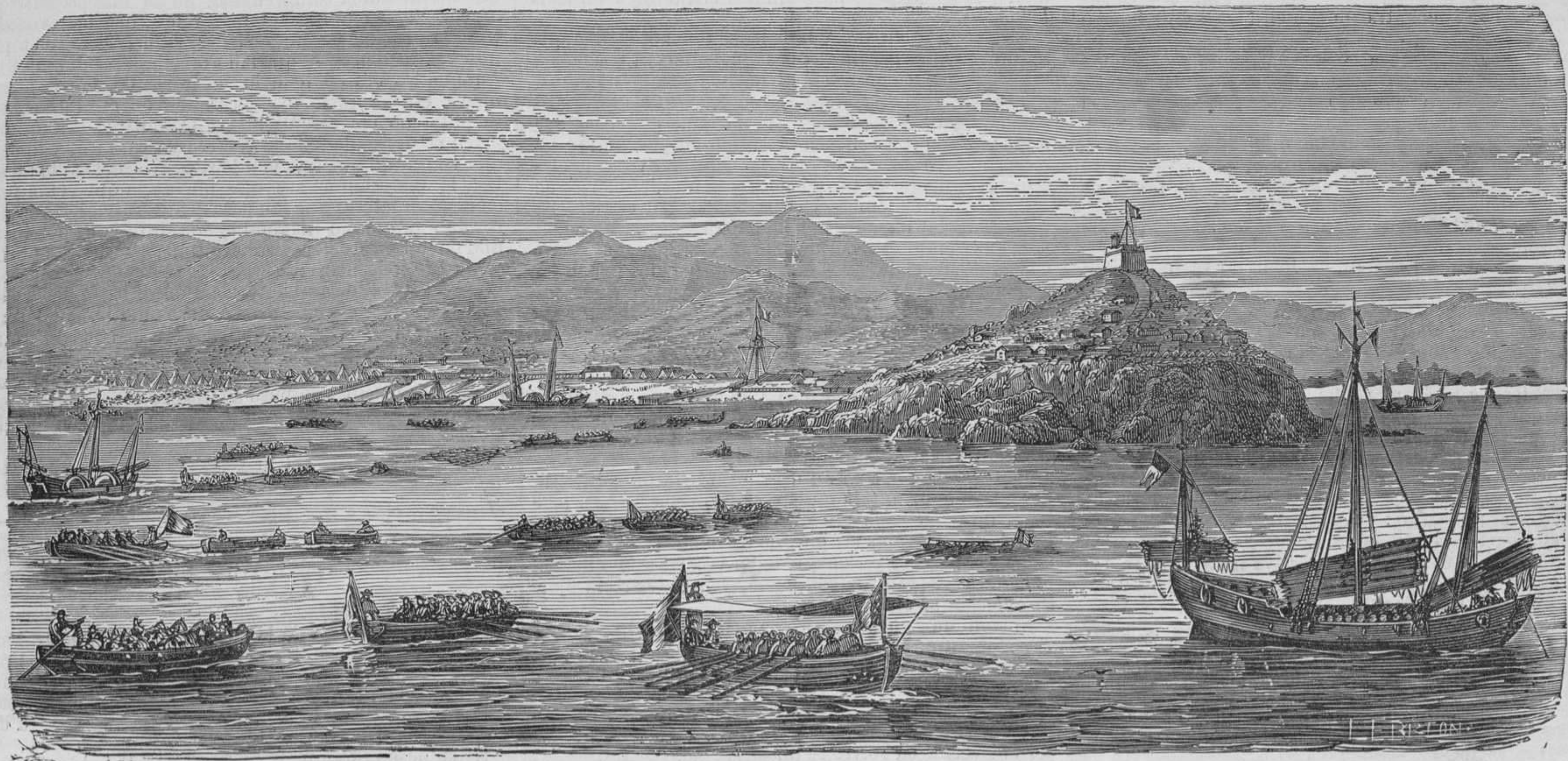
En tanto que el ejército bajo las órdenes de Montauban organiza su personal y su material, y ejercita su artillería en la maniobra, tarea que no es fácil con caballos japoneses medio salvajes, la flota bajo el mando del vice almirante Charner, dispone sus medios de acción contra los terribles fuertes de



CUARTEL GENERAL DEL GENERAL DE MONTAUBAN EN TCHE-FU.

Pei-ho, organiza su convoy, arma las cañoneras desmontadas enviadas de Francia, y se ocupa en fin de llevar á buen término el doble cuidado de desembarcar un ejército, que está encargado de alimentar y de prepararse para un ataque próximo. Todo marcha con rapidez, y es probable que dentro de pocos días partirán simultáneamente las fuerzas aliadas de las bahías respectivas para ir á buscar delante de Pei-ho un desquite brillante del descalabro del año último,

B. J.



VISTA DE YEN-TAI.

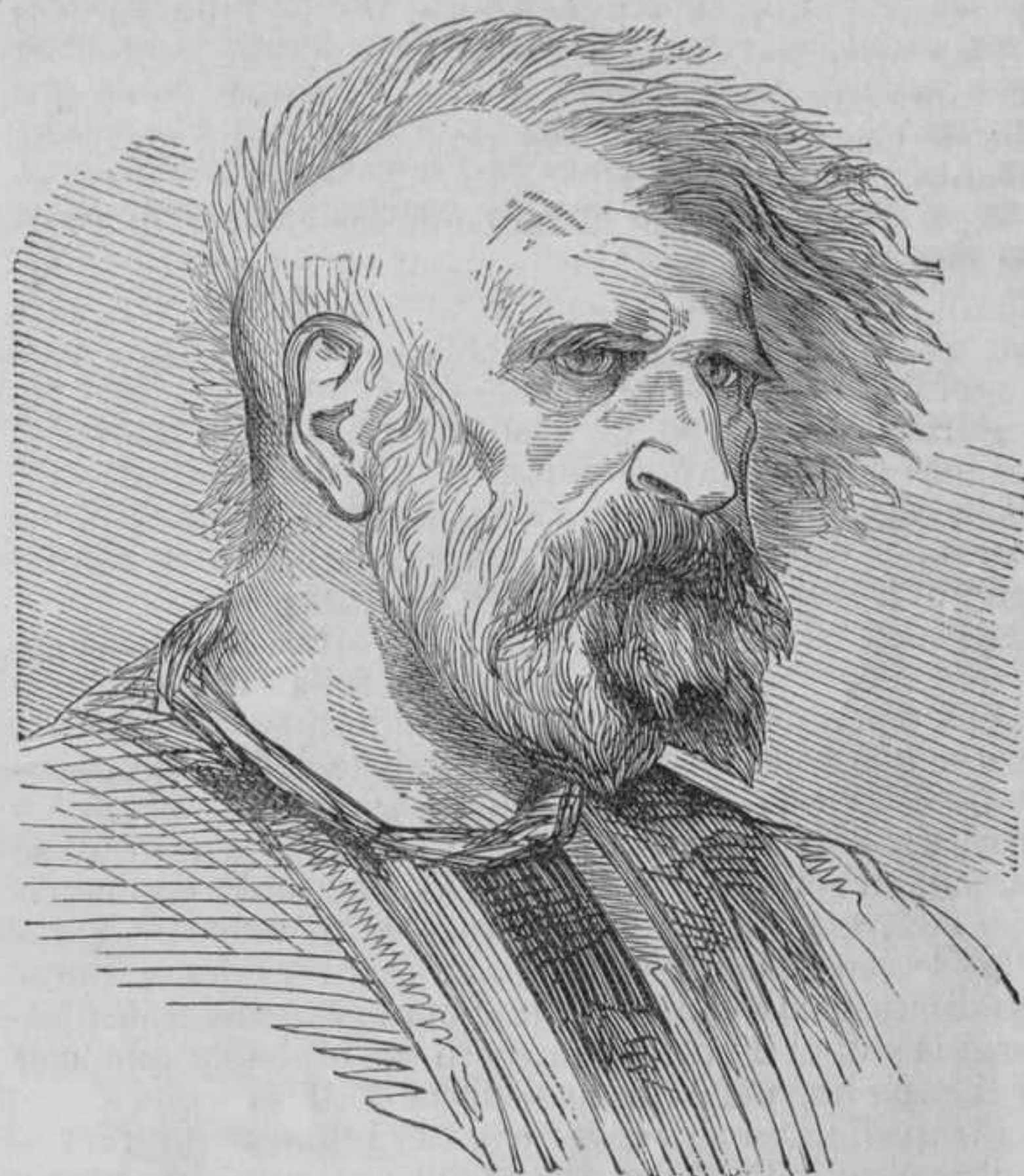
Sucesos de Siria.

DESEMBARCO DE TROPAS FRANCESAS EN EL PUERTO DE BEYRUTH.—TIPOS DE LA POBLACION DE BEYRUTH.

La actitud enérgica de Fuad-bajá, comisario del sultan en Siria, y la llegada de las tropas francesas, han logrado calmar á los infelices cristianos perseguidos por aquellas poblaciones salvajes, y segun las últimas noticias, todos se volvian á sus casas. El general de Beautort de Hautpoul iba á salir para Damasco, adonde en breve le seguiria una parte del cuerpo expedicionario francés. Los castigos han comenzado ya y en grande escala. Segun una carta de Beyruth que tenemos á la vista, han sido juzgados y fusilados en Damasco muchos oficiales turcos, entre los cuales se cuenta el mut-



DRUSO DE LA CLASE POPULAR.



FAKIR MAHOMETANO.



MUJER DE BEYRUTH.



MORABITO DE BEYRUTH.



BACHI-BOZUCK.

chir Ahmed-bajá. El grado de mutchir en el ejército otomano corresponde al de mariscal de Francia.

Damos en esta página algunos tipos de la poblacion de Beyruth para que se vea la diversidad de los pueblos que habitan la comarca; su aspecto inspira las reflexiones mas tristes, y revela cuán grandes son, en medio de esos grupos de poblacion, los motivos de rencillas y de odios que constantemente les tienen en pugna. Así la jóven de rasgados ojos nos recuerda la suerte de sus compañeras consagradas en su mayor parte á los enojos de la vida claustral. El druso nos trasporta al Líbano, á Damasco, á Deir-Kammar, haciéndonos asistir á todas esas escenas de robo, de asesinato, de violaciones



DESEMBARCO DE TROPAS FRANCESAS EN EL PUERTO DE BEYRUTH.

que han indignado al mundo en los últimos sucesos. Observaremos de paso que el druso ha sido despreciado siempre por los árabes (no digo por los turcos); en medio de las tribus argelinas no hay término más infamante que el de *Durzi*.

El bachi-bozuch es el héroe de las escenas que acabamos de recordar; ahí está en su elemento ese bandido militar, cuya existencia es una de las mil vergüenzas del imperio turco. Cuando la guerra de Crimea un general francés trató en vano de obtener servicios regulares de esa tropa de aventureros. El día del pago, los más audaces promovieron un motín para apoderarse de la caja. Quizá para evitar esos desórdenes la Sublime Puerta se dispensa de pagar á menudo á sus bandas irregulares y aun á sus tropas de línea.

El fakir es el representante del islamismo en esa serie de locos que poseen todas las religiones del Asia y que creen agrandar á la divinidad imponiéndose los tormentos físicos más singulares. Este conserva durante muchos años la misma actitud; aquel se cruza las manos y deja que las uñas traspasen la carne; otro se impone un régimen alimenticio imposible de describir, etc., y los que se hacen más de notar entre todos ellos se convierten en santos. El que representa nuestro dibujo está ahora en la manía muy inocente de afeitarse la mitad de la cabeza, pero es probable que con el tiempo haga algo más en gloria de Dios.

En medio de todos esos tipos hay uno que nos representa sobre todo la especie peligrosa para el porvenir del país, el morabito turco. Es de la familia de esos fanáticos rencorosos que solo adoptan con ardor los pensamientos de persecucion, de proselitismo violento, hombres muy terribles en Oriente, porque tienen mucha influencia, é inducen á sus correligionarios á cometer toda clase de excesos. El medio más seguro de reducirlos á la impotencia sería á nuestro juicio, ponerlos en presencia de otros morabitos animados de ideas modernas y que les hablasen de este modo: «Nosotros también somos religiosos; conocemos tan bien como vosotros nuestros libros sagrados, y sin embargo no seguimos la misma vía; pues allí donde vosotros considerais como obligatorios el odio y el rigor, nosotros hallamos lugar para la union y la tolerancia.»

F. H.

Cristóbal Colon y la Universidad de Salamanca (1).

In historia veritas observatur; in poesia omnia ad delectationem spectant.

(Cic., lib. I, *De legibus*.)

Costumbre añeja viene siendo en muchos escritores de este siglo el poco laudable propósito de calumniar á la inmortal escuela salmantina, ora negando su antigüedad, ora disminuyendo sus innumerables servicios á las ciencias y á la civilizacion, ora en fin intentando eclipsar los resplandores que irradia su nombre por todos los ámbitos de la tierra. Este deseo á la verdad nada envidiable y patriótico, suele además desde hace muchos años traducirse en hechos altamente perjudiciales, no al crédito, porque esto no es posible, sino al estado presente y al porvenir de la célebre Universidad de Salamanca. De aquí han necesariamente nacido errores y apreciaciones históricas de más ó menos valía, segun su diversa procedencia, pero que no podemos menos de refutar, en pro de la insigne escuela de nuestra patria, cuya inmaculada gloria está muy por encima de los miserables intereses de localidad y los orgullosos arranques del nepotismo halagado y satisfecho, y brilla en regiones muy altas para que puedan alcanzarla nunca los envenenados tiros de la maledicencia y de la envidia.

En cuanto al origen del primer establecimiento literario de España, nos valdremos de muy pocas autoridades, aunque las tenemos sobradas, puesto que posee la universidad, como el primero de su antiguo y lujoso archivo, un documento irrecusable, escrito en pergamino, que es nada menos que la real cédula original, expedida por el santo rey Don Fernando en 16 de abril de 1243, confirmando la fundacion de la universidad, que habia hecho su padre, y dando mas fuerza á sus privilegios. Hé aquí el importantísimo documento á que nos referimos y de cuya exactitud respondemos:

«Connoscida cosa sea á todos cuantos esta carta vieren como yo Don Ferrando por la gracia de Dios Rey de Castiella é de Toledo é de Leon é de Gallizia y de Cordova, Por que entiendo que es pro de myo Regno é de mi tierra, otorgo é mando que aya escuelas en Salamanca é mando que todos aquellos que hy quisieren venir á leer que vengan seguramente, é yo recibo en mi comienda é en myo detendimiento á los maestros é á los escolares que hy vinieren é á sus omes é á sus cosas quantas que hy troxieren, e quiero e mando que aquellas costumbres e aquellos fueros que ovieron los escolares en Salamanca en tiempo de mió padre quando establescio hy las escuelas tambien en casas como en las otras cosas, que essas costumbres e esos fueros ayan, e ninguno que les ficiese tuerto nin fuerza nin

demas á ellos nin á sus omes nin á sus cosas, avrie mi ira e pechar my e en coto mill morabetinos e á ellos el daño duplado. Otro si mando que los escolares vivan en paz e cuerdiamente de guisa que non fagan tuerto nin demas á los de la Villa e cada cosa que acaezca de contienda o de pelea entre los escolares ó entre los de la villa e los escolares que estos que son nombrados en esta mi carta lo ayan de veer e de enderezar, el Obispo de Salamanca e el Dean e el Prior de los predicadores, e el guardiano de los des calzados, e D. Rodrigo, e Pedro Guiguelmo, e Garcia Gomez, e Pedro Vellido e Ferrand Sanchez de Porto-Carrero, e Pedro Muñiz calonigo de Leon e Migael Perez calonigo de Lamego e á los escolares e á los de la Villa mando que es ten por lo que estos mandaren. Facta carta apud Vallisoltum Regia parte.

Era VII. die Aprilis MCCLXXX. prima» (1).

La autenticidad de este precioso documento nos exime de aducir más pruebas en este asunto, puesto que, confirmada en aquella fecha la fundacion de la universidad de Salamanca, es indudable que existía desde el reinado de Alfonso IX de Leon. Justificase además este último extremo, no solo con el testimonio de todos los historiadores de Salamanca y de la universidad, sino tambien con la inscripcion que se lee en el claustro de Escuelas mayores, reproducida mil veces en libros y periódicos, y cuyo tenor es el siguiente:

ANNO DOMINI MCC.

Alfonsus Octavus Castellæ Rex Palentiae Universitatem erexit: cujus æmulatione Alfonsus nonus Legionis Rex Salmanticiæ itidem Academiam constituit. Illa defecit, deficientibus stipendiis; Hæc vero in dies floruit, favente præcipue Alfonso Rege decimo, a quo, accitis hujus Academiæ viris, et Patriæ leges, et Astronomiæ tabulæ demum conditæ.

Alzado rey de Castilla Fernando III en 1º de julio segun unos, y en agosto segun otros, de 1217, deducese con harta fundamentación que su padre Don Alfonso IX de Leon habia erigido el estudio de Salamanca en la segunda mitad del siglo XII, puesto que reinó desde 1188 hasta 1231, en cuyo periodo cabe datar antes de 1200 la fundacion definitiva de la universidad (2). Sus primeros estudios habianse establecido en la catedral en el siglo anterior, conociéndose ya en 1179 la dignidad de maestre-escuelas, que designó primero un maestro y más tarde el jefe inmediato que presidia á los demás maestros y gobernaba el cuerpo de enseñanza como delegado del obispo y del cabildo (3). Acerca de este punto el respetable Mariana, siguiendo á otros historiadores, incurre en un muy notable error, que sus compiladores y continuadores han corregido, suponiendo que la universidad de Palencia se trasladó á Salamanca (4), error copiado despues por otros autores nacionales y extranjeros.

Don Rafael de Floranes, crítico de mucha erudicion, en una obra que escribió en 1795 con el título de *Origen de los estudios de Castilla*, etc. (5) trata este punto con mucha gracia, extension y lucidez, y al refutar victoriosamente el error de la traslacion, sienta las siguientes proposiciones: «Que Don Alonso VIII de Castilla no dió principio á los estudios de Palencia, ni Alonso IX de Leon, su primo, á los de Salamanca, ni Don Alonso IX, ni el papa Clemente VI á los de Valladolid, ni el cardenal Jimenez á los de Alcalá, sino cada cual aumentó á los suyos. Que todos estos estudios se hallaban ya fundados y eran más antiguos, habiendo empezado en sus principios por eclesiásticos y pasado con el tiempo á seculares, como otros muchos de la nacion y del orbe.» Es sobremano entretenida y curiosa la exposicion que hace este crítico de las contradicciones infinitas y errores de bulto en que muy celebrados autores incurren al tratar el punto de la supuesta traslacion á Salamanca de la universidad de Palencia, y prueba concluyentemente cómo suelen escribirse la historia y propagarse los más absurdos errores y las fábulas más inverosímiles y ridículas.

En cuanto á los eminentes servicios que á las ciencias, á las letras y á la civilizacion prestó desde sus primeros años la universidad de Salamanca, no vamos á escribir su historia, ni á exponer por lo tanto todos sus gloriosos títulos á la consideracion del mundo y al reconocimiento de los pueblos; escrita está por plumas más autorizadas que la nuestra, esculpida por la tradicion en la memoria de todos y solemnemente registrada en los anales españoles como uno de sus más altos y merecidos timbres.

(1) 1243 de nuestra era.

(2) Pedro Chacon: «Historia de la Universidad de Salamanca» en el *Semanario erudito de Valladares*, 1789, t. 18. — Ortiz de Zúñiga: «Anales eclesiásticos de Sevilla» página 46. — Sevilla 1677. — «Constituciones apostólicas y estatutos de la muy insigne Universidad de Salamanca.» Salamanca 1625. — «Historia de la misma Universidad» contenida en el luminoso informe sobre el plan de estudios, presentado á las Cortes en 1814, pág. 1ª. — Salamanca, 1820. En todas estas autoridades y en otras que hemos visto, se dice: se fundó á fines del siglo XII, cerca de los años 1200; y por eso sin duda al escribir la inscripcion trascrita el erudito Fernan Perez de Oliva, por no poner una fecha indeterminada, fijó desde luego la referida.

(3) «Reseña histórica de la Universidad de Salamanca» página 18. — Salamanca: 1849.

(4) «Historia general de España» lib. XIII, cap. 4.

(5) «Coleccion de documentos inéditos para la historia de España» tomo 20.

La universidad de Salamanca, de las más antiguas del orbe, era ya muy célebre en el primer siglo de su fundacion. Con su carácter de europea, brotaba en su interior rica y abundante doctrina, y en el exterior no hubo hecho grande en que no pesase grandemente su voto. Ella es la que formaba las Partidas y las Tablas astronómicas del Rey Sabio; la que atraía á su seno numerosa y escogida juventud de España y del extranjero, y era declarada en el concilio de Viena la segunda de las cuatro universidades más famosas del mundo. Ella daba maestros á la Sorbona, á Bolonia y á Coimbra á petición suya, y era consultada por pontífices y reyes para la mejor decision de altas y trascendentales cuestiones: recibía embajadas y presentes de los soberanos de remotísimos países: preponderaba en los concilios de Constanza, Basilea y Trento, é influía con su consejo en el descubrimiento del nuevo mundo: la que primero y mejor que otra corporacion alguna representaba el pensamiento nacional en los siglos XV y XVI, cuando dirigía España la marcha de la civilizacion en Europa: la que al mismo tiempo que Galileo era perseguido por su adhesión al sistema de Copérnico, sostenía con firmeza su enseñanza y lo mandaba explicar por estatuto en el segundo año de matemáticas, que llegaron en Salamanca á gran altura y extension en aquel siglo: la que cuando la decadencia de las letras en el siglo XVII y parte del XVIII, conservó mejor disciplina, y clamaba sin cesar por leyes que pusieran coto á los abusos y restaurasen las ciencias: la que en el pasado y en el presente siglo saludó antes que ninguna otra de España la esplendente aurora de nuevas y fecundas ideas: la que fundó entonces una gran escuela filosófica y restauró la literatura patria, y atrájose por ello enconadas y violentas persecuciones: la universidad en fin que puede presentar con orgullo el más numeroso ejército de sabios en todos los ramos de la ciencia, en toda la inmensa escala de los humanos conocimientos. Eso es la universidad de Salamanca, eso significa su nombre, eso y mucho más representan los siete siglos de su gloriosísima existencia.

Probada, cuanto históricamente es posible, la respetable antigüedad del primer establecimiento literario de España, y bosquejados ligeramente algunos de sus muchos eminentes servicios, pasemos ahora á analizar el grave é injustísimo cargo que se le dirige todos los días por la acogida que hizo á Cristóbal Colon.

No es este á la verdad el único error histórico que pasa como artículo de fe, y recibe la sancion de las edades y el comun asentimiento de los sabios y de los eruditos. Háylas entre estos que suelen oír sin reserva los más risibles absurdos á falta de datos auténticos, y decoran con artificiosas invenciones suyas ó ajenas el relato de los hechos encomendados á su pluma. El que nos ocupa, que tan á deshora y en son de triunfo nos atribuyen á cada paso, no pasa de ser una conseja ó una vulgaridad, que afortunadamente no se apoya en dato alguno histórico. Acaso inventada ó admitida sin exámen por escritores extranjeros, que en su generalidad siempre desfiguraron nuestras cosas, calumniosamente propagada despues en libros y periódicos, vestida con las galas de la elocuencia y de la poesia en discursos, dramas y romances modernos, no se funda en documento alguno auténtico que la justifique, derivándose solo del simple aserto de algun historiador, al cual han seguido despues otros pocos, como más adelante veremos en el curso de nuestro modesto trabajo.

En contra de esta fábula, que la envidia y la mala fe han inventado sin duda para descrédito de España y de la inmortal escuela salmantina, aduciremos no una sino muchas pruebas históricas de entre las infinitas que atesoramos. Pero antes de entrar en esta delicadísima materia, cumple á nuestro propósito esclarecer y consignar un hecho importante, como base de la controversia y punto de partida indispensable para nuestras sucesivas apreciaciones.

Las universidades eran en aquel siglo, y sobre todo en España lo continuaron siendo hasta hace pocos años, cuerpos complejos, que se componian no solo del claustro de maestros y graduados del establecimiento propiamente tal, sino que con los colegios y conventos adscriptos ó agregados á ella, y que se matriculaban en debida forma, constituian un cuerpo general de doctrina y enseñanza, con tantas ramificaciones como institutos cobijaban bajo un pensamiento comun y uniforme. De aquí, por ejemplo, que el colegio mayor de San Bartolomé fuese y se titulase no pura y simplemente colegio mayor de San Bartolomé de Salamanca, sino colegio mayor de San Bartolomé de la universidad de Salamanca, colegio militar de Alcántara de la universidad de Salamanca, insigne colegio de San Pelayo de la universidad de Salamanca, convento de San Esteban de la universidad de Salamanca, colegio de San Vicente de la orden de San Benito de la universidad de Salamanca, convento del Carmen calzado ó descalzo de la universidad de Salamanca, etc. En suma, agregados unos y otros institutos al establecimiento universitario, incorporados á él los cursos académicos, y siendo doctores y catedráticos de la universidad todos ó la mayor parte de los catedráticos y maestros de los colegios y conventos, todos formaban, y no podian menos de formar, con los alumnos de unos y otros, el ente colectivo que se designaba bajo el nombre de Universidad de Salamanca.

Pero aun habia más: los conventos de San Esteban, San Francisco el Grande y otros tenian en la universidad cátedras de teología, que solo sus PP. maestros habian de desempeñar, ya hasta cierta época obtenidas por oposicion en muy ruidosos concursos, ya dotadas

(1) Creemos que nuestros lectores leerán con gusto la siguiente Memoria que con el título de «La Universidad de Salamanca en el tribunal de la historia» ha presentado al rector de la misma don Domingo Doncel y Ordaiz, aclarando un punto histórico muy debatido hasta el día, cual es el de las relaciones que mediaron entre Colon y la docta escuela salmantina.

(N. de la R.)

por el patrimonio real ó por algun grande de España, como sucedió con la de prima y visperas, la primera por Felipe III y la segunda por el duque de Lerma, que hasta su extinción disfrutaron los dominicos. Tenían estos además en su convento de San Esteban de Salamanca, como mas adelante probaremos, no solo maestros y catedráticos de teología y artes, sino hasta de matemáticas y artes liberales, y ocupaban en la universidad las primeras cátedras, según un cronista de la misma orden (1). Por consiguiente, de la universidad propiamente dicha, y de todos aquellos institutos que poblaban el recinto de Salamanca, salieron desde muy antiguo esas numerosas falanjes de sabios en todos los ramos de la ciencia, que asombraron el mundo hasta nuestros días.

Probado concluyentemente este extremo, analicemos ahora el grave é injustísimo cargo que se dirige á la universidad de Salamanca por la supuesta desfavorable acogida que dió á Cristóbal Colon.

¿Y en qué dato histórico, en qué documento irrecusable se apoya esa opinion tan aventurada? ¿Fúndase en la tradicion? Precisamente la tradicion constante y no interrumpida dice todo lo contrario, aquí, en Salamanca, que es donde las célebres conferencias tuvieron lugar. ¿Fúndase en los cronistas de los Reyes Católicos, que no omitieron ningun hecho importante de su época? Hernando del Pulgar, Galindez Carbajal y otros que hemos visto no hacen mención de tal circunstancia. ¿Fúndase en los narradores de cosas memorables y en los historiadores particulares del descubrimiento y conquista de las Indias, contemporáneos unos de aquellos sucesos, y no muy posteriores otros á la crónica del Pulgar, á quien en mucha parte siguieron relativamente á las cosas de aquel tiempo? Pedro Martir de Angleria, Lucio Maríneo Siculo, Gonzalo de Oviedo, Herrera, Lopez de Gómara, Solis y otros que hemos examinado, tampoco hacen mérito de esa ridícula fábula que estamos combatiendo. ¿Fúndase acaso en los historiadores generales de España, como Garibay, Mariana y otros? No dicen una sola palabra que justifique aquel aserto; ninguno habla siquiera de las conferencias, de cuyo hecho no es lícito dudar, como probaremos mas adelante. ¿Apóyase, en fin, en algun documento inédito del archivo de esta universidad? Lo hemos de propósito registrado escrupulosamente, y no hallamos nada que haga referencia siquiera á la venida de Colon, ni menos á haberse cometido de oficio el examen de su proyecto á los doctores y catedráticos de nuestra escuela. Y cuando en sus libros de claustro, que comienzan en 1464, vemos registrados hechos bien insignificantes, es muy notable que no se consigne un suceso de aquella magnitud é importancia. ¿De dónde nace pues esa á todas luces calumniosa invencion de los historiadores modernos, tan sin examen acogida y con tanta ligereza como profusion propagada?

Nace, á nuestro parecer, de un supuesto falso que nos es muy fácil demostrar. Fernando Colon, hijo natural del célebre cosmógrafo, en su *Historia del almirante*, cap. XI (2), dice así: «Vino á Castilla (Colon) y dejando á su hijo en Palos en un convento llamado la Rábida pasó á Córdoba, donde estaba la corte, y con su afabilidad y dulzura trabó amistad con las personas que gustaban de su proposicion, entre las cuales Luis de San Angel, caballero aragonés, escribano de la Razon de la Casa Real, sugeto de gran prudencia y capacidad, entró muy bien en ella. Habló al rey sobre que el almirante mostraria por razon la posibilidad de su empresa: el rey lo cometió al prior del Prado, que despues fué arzobispo de Granada, para que con los mas hábiles cosmógrafos confiriere con Colon hasta que quedasen plenamente instruidos de su designio y le informasen con su dictámen y volverlos á juntar despues para determinar sobre las proposiciones que hubiere hecho. Obedeció el prior del Prado; pero como los que habia juntado eran ignorantes, no pudieron comprender nada de los discursos del almirante que tampoco queria explicarse mucho, temiendo no le sucediese lo que en Portugal. Los cosmógrafos dijeron al rey que el intento de Colon era imposible, etc.» Sigue exponiendo Fernando Colon las objeciones de los cosmógrafos al proyecto de su padre, y concluye: «Con que despues de haber gastado mucho tiempo en esta materia, respondieron Sus Altezas al almirante hallarse impedidos de entrar en nuevas empresas por estar empeñados

en otras muchas guerras y conquistas, especialmente la de Granada en que se hallaban; pero que con el tiempo habria mejor ocasion para examinar sus proposiciones y tratar de lo que ofreció: Y en efecto los reyes no quisieron oír las grandes promesas del almirante.» Como una prueba de lo mucho que ha debido perder esta historia con tantas traducciones, compárese su lenguaje con el de los autores coetáneos, y se advertirán diferencias notabilísimas en giros, locuciones, etc.

Esto es lo único que encontramos en la referida historia; pero ni Fernando Colon menciona siquiera las conferencias de Salamanca, ni menos dice que se cometiese á su universidad el examen de las teorías de su padre. Ignoramos á qué edicion se habrá atendido el escritor americano Washington Irving para sentar el hecho que combatimos, aunque suponemos sea la misma que citamos arriba, puesto que en el prólogo de su *Historia de la vida y viajes de Cristóbal Colon* confiesa que la escribió en Madrid y consultó, entre otras, la biblioteca de San Isidro. Irving pues es, á nuestro juicio, el inventor de la fábula que vamos á impugnar, y de él la han tomado los demas historiadores que examinaremos despues. Ninguno de ellos dice que el proyecto de Colon se sometiese al examen de la universidad, y solo hablan de una junta, consejo ó asamblea, que se reunió en Salamanca (1). Estábamos dispensados, por lo tanto, de salir á la defensa de su inmortal escuela, por la buena ó mala acogida que hizo á Colon, probada, como resulta evidentemente, la falsedad de aquel supuesto. Sin embargo, por la parte mas ó menos directa, mas ó menos influyente y decisiva que algunos sabios maestros de nuestra querida universidad tomaron en las citadas juntas, y para desvanecer de una vez y para siempre el error histórico que se viene transmitiendo hace tantos años, nos proponemos examinar este punto con toda la imparcialidad que nos distingue.

Pero antes de todo, séanos permitido hacer mérito de otro autor contemporáneo y amigo de Colon, á quien tuvo hospedado en su casa, y que es muy apreciado de los historiadores modernos. Aludimos al bachiller Andrés Bernaldez ó Bernal, conocido por el Cura de los Palacios, que dice, á propósito de nuestro asunto (2)...

(Se continuará.)

Revista de la moda.

SUMARIO. — Novedades de otoño. — Tres vestidos á la orden del dia. — De los trajes y tocados de la emperatriz Eugenia. — De los nuevos sombreros. — Las confecciones: casacas ajustadas y prendas italianas. — Traje de negligé de mañana y traje de interior. — Descripción del figurín de este número que representa trajes de baile de verano.

Han salido á luz las novedades de otoño. Como no ha habido verano este año, las parisienses se han apresurado á vestirse del color del tiempo. Las telas son muy ricas, y domina en ellas el género bizantino. Está visto que las elegantes quieren resucitar las modas de la edad media, con las sederías que recuerdan el antiguo cuero de Córdoba. Describiré estos lujosos vestidos en cuanto haya creado la pasamanería los adornos correspondientes á tal magnificencia.

Entre tanto hé aquí tres vestidos de otoño á cual mas nuevos.

El primero es de tafetan negro con un gran volante Luis XVI adornado con dos bandas de tafetan verde esmeralda con puntilla de encaje negro. Hacia el medio de la falda otra banda del mismo tafetan describe una túnica redonda formando delantal y las puntas flotantes rematan en un fleco. El cuerpo cerrado con botones verdes lleva cinturón y va adornado con tirantes de tafetan negro. Las mangas son muy originales; muy huecas por arriba, plegadas por abajo y con vueltas.

El segundo vestido es de tafetan gris de los Alpes con un gran volante ilustrado con carteras abotonadas de tafetan cereza y ruche grande. Las mangas anchas y fruncidas tienen una ruche formando hombrera y dos pequeños volantes cereza. El cuerpo lleva una suiza de carteras abotonadas con puntilla de blonda blanca y de encaje negro.

El tercer vestido es de tafetan negro y va adornado en cada paño de la falda con una série de pequeños lazos de tafetan violeta. En algunos de estos vestidos solo se adornan con esos lazos los tres primeros paños del delantero. Cuando los lazos son del mismo color que el vestido, se adornan con un vivo de color. Así sobre tafetan negro se pone vivo malva, verde, grosella ó azul. El cuerpo va cerrado con lazos, y las mangas llevan una triple série de lazos.

La moda se ocupa mucho tambien de los trajes que S. M. la emperatriz Eugenia lleva durante su viaje por la Saboya y la Argelia. En Dijon llevaba en la recepcion oficial un sombrero de paja de Italia adornado con plumas de gallo negras

(1) Fernando Colon, «Historia del almirante,» cap. 11. Washington Irving, «Historia de la vida y viajes de Cristóbal Colon,» lib. II, cap. III, t. 1.º, pág. 178. — Madrid, 1833.

William H. Prescott, «Historia del reinado de los Reyes Católicos,» cap. XVI, pág. 179, Madrid, 1835.

Cesar Cantú, «Historia universal,» lib. XIV, cap. IV, t. 4, pág. 629. — Madrid, 1856.

D. Modesto Lafuente, «Historia general de España,» part. 2.º, lib. IV, t. IX, pág. 433. — Madrid, 1852.

(2) «Historia de los Reyes Católicos, crónica inédita del siglo XV, t. 1.º, cap. CXIII, pág. 269 y 70. — Granada, 1856.

y con dos ramos de capullos de rosas colocados en el interior, un vestido de seda gris, y una manteleta de encaje negro.

Para el baile la hermosa soberana llevaba una diadema sobre un peinado á la griega. Su vestido de tarlatana era un inmenso copo de nieve.

En Lyon su traje de baile produjo un efecto extraordinario. Llevaba un vestido de tul blanco guarnecido de amapolas y el famoso *Regente*, acompañado de un magnífico aderezo de brillantes gruesos como huevos de paloma.

Pasemos á los sombreros de otoño.

— Un sombrero de entretiempos con fondo de tul blanco cubierto con una redcilla negra caída sobre un bavolet de tafetan negro y prendida al lado con un lazo de terciopelo. El ala de tafetan negro, cubierto de tul blanco bordado guarnecido de encaje, con lazos de terciopelo dispuestos á manera de bandó, y que rematan por un lado en una coca de blonda blanca y por el otro en una coca de encaje negro.

— Un sombrero de crespon color de rosa con el ala cubierta de un rizado de tul bordado con una media guirnalda de rosas de Bengala y un velito de blonda. En el interior por un lado dos rosas y por el otro una coca de encaje negro.

— Un sombrero de terciopelo *epinglé* de color de violeta de Parma, adornado con un lazo de cuatro pequeñas plumas blancas sobre el ala Bavolet de crespon blanco guarnecido de cinta y de blonda. En el ala diadema de terciopelo con lazo de dos plumitas blancas.

— Un sombrero de terciopelo real blanco con fondo plegado. En el borde del ala blonda rizada, y sobre el casco lazo de rosas de la India de terciopelo punzó con perlas negras y follaje de colores.

— Un sombrero de teatro de terciopelo real blanco con blonda caída en el fondo del ala. El fondo y el casco son de tul y llevan tres plumas blancas caídas. En el interior margaritas de terciopelo purpurino y grupo de semillas de oro.

Me parece que con detalles tan minuciosos se puede pedir un sombrero como si se tuviera el modelo á la vista.

En cuanto á confecciones, diré que se llevan casacas ajustadas y prendas anchas y flotantes.

La casaca ajustada no puede convenir sino á la que tiene un talle esbelto y fino.

Tambien han salido á luz un paletó con esclavina y sin mangas, y otro de género Luis XV de terciopelo de América, con mangas de vuelta formando embudo y adornado con pespunte.

El pespunte está á la moda este invierno, gracias á las máquinas de coser americanas.

Despues hemos visto un Febo de terciopelo negro con adorno de guipure que cae hasta el talle. La abertura de las anchas mangas lleva una orla de guipure.

Por último, señalemos las prendas siguientes:

— Un Farnesio de terciopelo de lana con anchas mangas que llegan hasta abajo. Todo el estilo de esta prenda está en las mangas que son muy elegantes.

— Una Semiramis de terciopelo negro, especie de paletó ancho con pliegues huecos sobre las caderas y no por detrás. Sobre la escotadura cae una vuelta de raso violeta y de guipure que se repite sobre las mangas.

— Un Lido de terciopelo de seda ó de lana con mangas con flecos. Los adornos del Lido consisten en un galon de seda con filete amarillo.

Antes de describir nuestro figurín que representa prendidos de baile, voy á señalar dos trajes, el uno de mañana y el otro de interior.

El negligé de mañana se compone de una bata de cachemira blanca con solapas de color pespunteadas.

El cuello y las mangas interiores son de muselina bordada de color.

La papalina María Antonieta es redonda y lleva unas largas bandas guarnecidas de pequeños lazos de terciopelo negro.

El traje de interior para de dia consiste en un pequeño corpiño á la húsar bordado de oro con falda de tafetan gris bordado con una ancha greca de terciopelo azul. Redcilla azul con borlas en la cabeza. Babuchas azules bordadas de oro con ruche de cinta azul y cordón azul y oro.

Hé aquí ahora la descripción de los prendidos de baile copiados en Lyon en el baile de la Prefectura.

El primero de color de rosa, es de crespon liso adornado con una série de tres pequeños volantes con ruche encima, puestos de distancia en distancia sobre la falda y recogidos de lado con gruesos lazos de crespon. Cuerpo con draperías y lazos de crespon en cada hombro. Mangas terminadas por dos pequeños volantes. Ramillete de rosas en medio del corpiño.

El segundo traje es blanco de tarlatana, y lleva dos faldas una sobre otra. La segunda está guarnecida con un gran volante adornado con una cinta malva. Sobre el volante hay una gruesa ruche de blonda y de tarlatana en medio de la cual se abre una guirnalda de margaritas. Corpiño con berta de blonda puesta al redor de un rizado de tarlatana y de cinta malva. Ramo de margaritas en el cuerpo y en las mangas. Brazaletes de diamantes y amatistas sobre oro mate.

El tercer traje es de crespon azul. La primera falda va adornada con cuatro volantes pequeños, y la segunda lleva otros tantos. Corpiño con berta y ramillete de flores; tocado jardinera á la moda de Luis XIII.

El último traje es de tafetan verde claro. La falda lleva cinco ruches de tafetan verde con blonda blanca y encaje negro. Cuerpo con cinturón adornado como las ruches, y escotado, con esclavina de guipure negro. Tocado de flor de granado.

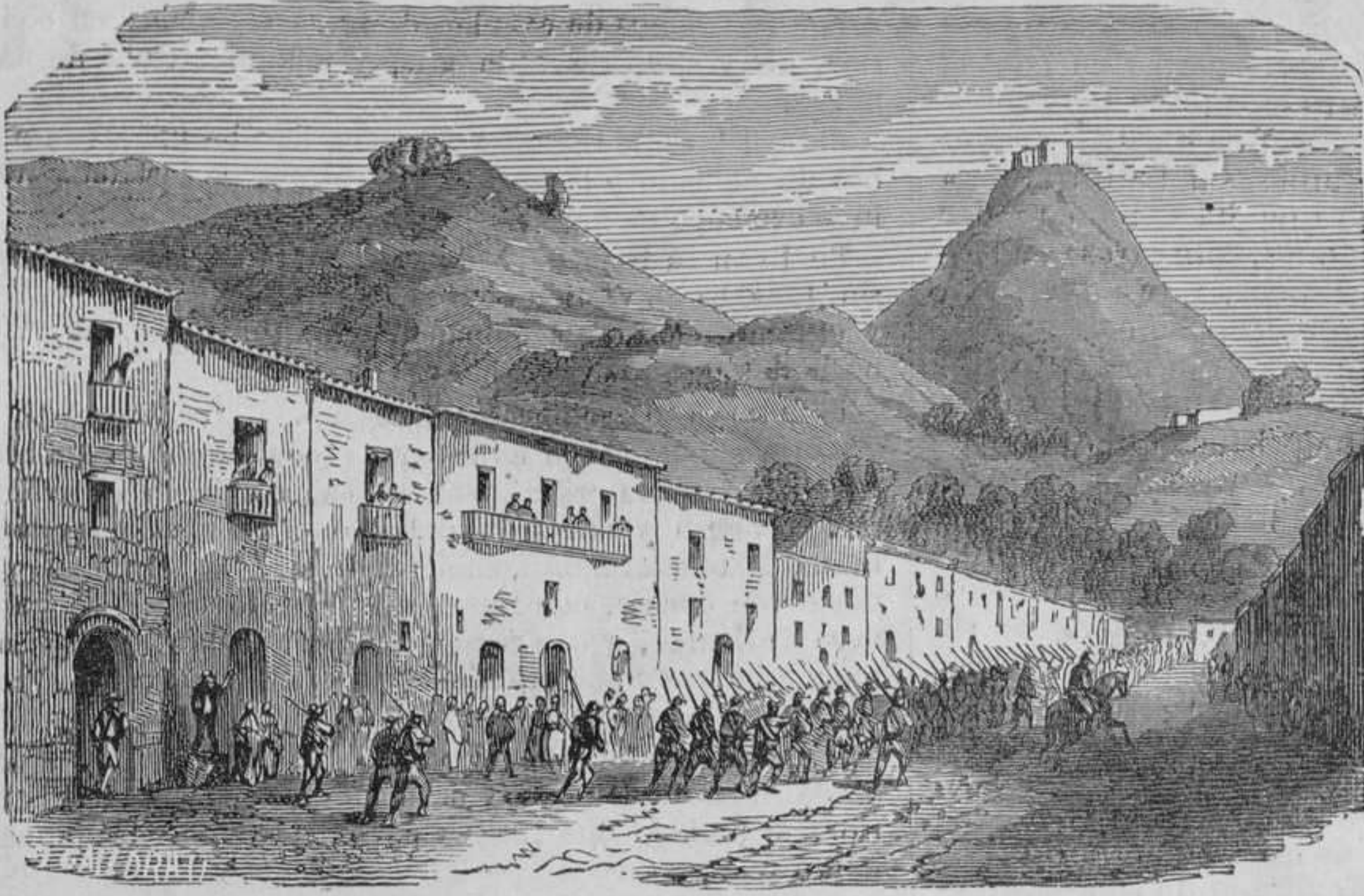
VIZCONDESA DE RENNEVILLE.

(1) El Presentado Fr. Manuel José Medrano «Historia de la Provincia de España de la Orden de Predicadores» t. 2.º, 2.ª parte, lib. VII, cap. 2.

(2) Escribióla en español, la tradujo al italiano Alonso de Ulloa, y luego se vertió otra vez al español. El libro en que se contiene dice en el canto: «Barcia, Papeles y Relaciones de Indias, tomo 1.º» comprende varios opúsculos ó documentos, el primero de los cuales es el de que se trata: no tiene portada ni data, y en la misma página donde principia el texto se lee el título siguiente en forma de inscripción: «La Historia de D. Fernando Colon — en la cual se da particular y verdadera — relacion de la vida y hechos — De el Almirante D. Christoval — Colon su padre y del descubrimiento — de las Indias Occidentales, llamadas — Nuevo Mundo, que pertenece al Serenísimo Rei de España. — Que tradujo del Español en Italiano Alonso de Ulloa, y aora, por no parecer el original Español sacada del traslado Italiano.»

Dicho primer tomo pertenece á cierta obra de que no hay mas que una edicion, y entre los bibliógrafos, pasa por traducción mala y llena de defectos. Consta de 3 vol. fol. Madrid, 1749; y existe en la Biblioteca de San Isidro, en cuyo índice se lee: «Gonzalez Barcia (Andrés) Historiadores primitivos de las Indias Occidentales, ilustrados con notas y con índices.»

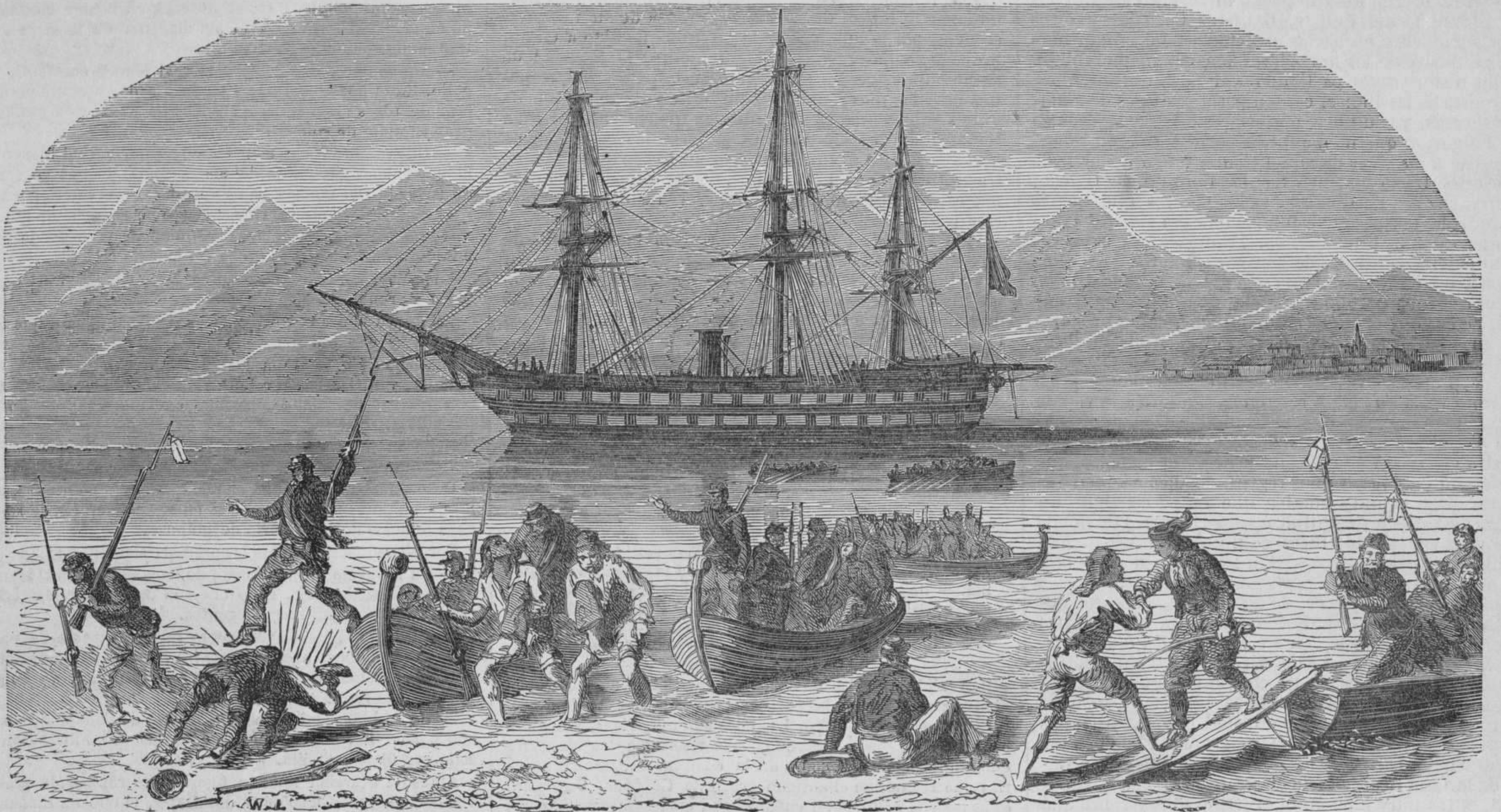
La «Historia del Almirante,» traducida por Ulloa, es de 1571: reimprimióse en 1614 y se tradujo al francés en 1680.



COLUMNA DE VOLUNTARIOS YENDO A EMBARCARSE PARA LA CALABRIA.



FRAILES TRASPORTANDO VOLUNTARIOS EN LA CARRETA DEL CONVENTO.



VOLUNTARIOS DESEMBARANDO AL AMANECER EN LA VILLA DE SAN GIOVANNI (Costa de Calabria.)



LOS NAPOLITANOS SIN ARMAS ABANDONANDO SAN GIOVANNI.